

PEDRO FIGARI



El **chillido**
Y OTROS RELATOS



Museo
Figari

PEDRO FIGARI

El chillido

Y OTROS RELATOS

Selección y notas de
Pablo Thiago Rocca y Juan Manuel Sánchez Puntigliano





Los múltiples narradores del hombre múltiple

Desde la fundación del museo hemos hecho hincapié en el concepto de hombre múltiple como forma de acercarse a la figura de Pedro Figari; rotularlo como pintor es olvidar buena parte de su obra. Incluso el museo ha desarrollado una muestra itinerante con este título que ha recorrido varios rincones del país.

No resulta sorprendente que un abogado y político tuviera una relación tan estrecha con la escritura: redactó artículos de opinión, crónicas, discursos, informes y una extensa correspondencia, tanto a nivel personal como profesional. En el plano literario, publicó una novela utópica titulada *Historia kiria*¹ y el poemario *El arquitecto*.² Sin publicar en vida, ni ser representadas, quedaron varias piezas teatrales y cuentos.³ En 1928, Figari se embarcó en el proyecto de publicar un volumen de diecisiete cuentos, pero, por razones que desconocemos, la empresa no prosperó.⁴ Salvo alguna excepción de aparición en diarios o revistas, no vio sus cuentos circular.

Es recién en 1949 que Ángel Rama comienza a interesarse por la escritura de Figari,⁵ y edita en 1951 una selección de diez cuentos,⁶ nueve provenientes del proyecto de 1928, y *Sadi Ballah* que se encontraba entre los archivos que mantenían sus hijos.⁷ El criterio de Rama es que se trataba de los mejores y del ejemplo más típico de la escritura de Figari.

A través de estos diez cuentos, Rama presenta a un Figari costumbrista, narrador de historias sencillas de la vida rural. Estos pueden entenderse como un complemento de su obra pictórica; incluso es el narrador que uno espera al recorrer su pintura. Quizás el aspecto más novedoso resulte el sentido del humor, que a algunos lectores les haya costado descubrir anteriormente, dada la imagen canónica que suele tenerse de Pedro Figari.

Durante más de cincuenta años, la selección de Rama fue el único acercamiento posible al Figari cuentista. Hasta que, a finales de 2016, el Museo Figari comenzó a trabajar en los documentos de Figari del archivo

1 Figari, Pedro: *Historia kiria*, París: Le livre libre, 1930.

2 Figari, Pedro: *El arquitecto*, París: Le livre libre, 1928.

3 Rama, Ángel: *La aventura intelectual de Pedro Figari*, Montevideo: Ediciones Fábula, 1951, pp. 48 y 50. En 2013 el Museo Figari puso en escena la obra *El cabaret de la muerte*, escrita por Figari, y adaptada y dirigida por Juan Carlos Ivanovich.

4 Prólogo de Ángel Rama a *Cuentos*, de Pedro Figari, Montevideo: Arca, 1965, p. 5.

5 Rama, Ángel: «Pedro Figari, escritor», *Marcha* (Montevideo), 30/12/1949, pp. 3 y 4.

6 Figari, Pedro: *Cuentos*, Montevideo: Fábula, 1951.

7 Prólogo de Ángel Rama a *Cuentos*, de Pedro Figari, o. cit., p. 5.

Pablo Blanco Acevedo, perteneciente al Museo Histórico Nacional.⁸ En la primera visita quedó claro que se trataba de una extensísima colección de relatos y textos de toda clase, nacidos de la pluma de Pedro Figari.

En cuanto a los cuentos, la mayoría de ellos están mecanografiados, con una importante cantidad de correcciones manuales. Los hay también escritos a mano, y hay casos en los que se encuentran varias versiones de un mismo relato. Los dibujos, en cambio, escasean. Y si bien están presentes la mayoría de los cuentos que quiso publicar en 1928 (once de diecisiete), hay una significativa cantidad de relatos cuya existencia ignorábamos.

Tal panorama permite realizar la hipótesis de que se trata de borradores tempranos de los cuentos de Figari. En cambio, los cuentos a los que accedió Rama, pertenecientes al archivo custodiado por sus hijos, debían ser una versión más pulida de los relatos que seleccionó para publicar en 1928, más otros en los que también había seguido trabajando.

Desde el punto de vista temático y estilístico, es posible clasificar sus cuentos en tres categorías. En la primera, están las historias costumbristas, las cuales se insertan en la misma tradición literaria de la que bebiéron autores como Juan José Morosoli y Paco Espínola. Este es el Figari cuentista que Ángel Rama rescató en su selección de 1951.⁹

En la segunda, hay un Figari onírico; relatos en los que se suceden situaciones disparatadas. Es aquí donde hace gala de un enorme sentido del humor y se deja entrever a un hombre mucho más descontracturado que como solemos imaginarlo. Es una lástima que recurra, en casi todos los casos, al desenlace de que todo se trataba de un sueño. Aquí es donde encontramos al mejor Figari cuentista y nos llevamos la grata sorpresa de descubrir un aspecto totalmente desconocido.¹⁰

Finalmente, tenemos relatos que llamaríamos moralizantes,¹¹ en los que Figari utiliza la voz de alguno de sus personajes para marcar una personalísima opinión ética o filosófica. En este aspecto, recuerdan a la escritura de D. H. Lawrence, aunque su pluma está lejos de tener la po-

8 Fue Teodoro Buxareo, amigo de la casa, quien nos inició la curiosidad por dicho archivo, al transmitirnos que debía encontrarse allí *En el otro mundo*, extenso cuento publicado en 1930, traducido al francés por Charles Lesca, cuyo original en español se suponía perdido.

9 Ángel Rama cataloga estos cuentos como *camperos*; en nuestra opinión el término *costumbrista* permite incluir algunos relatos urbanos como *Papá y El destino* («Pedro Figari, escritor», artículo citado, p. 4).

10 Rama llama *fantásticos* a estos cuentos y los considera un tanto extraños a la prosa de Figari. Consideramos más adecuado el término *onírico*, dado que: a) en la mayoría de los casos se resuelve con el descubrimiento de que se trataba de un sueño; b) no se construye una realidad coherente en sí misma como exige la literatura fantástica. («Pedro Figari, escritor», artículo citado, p. 4)

11 Rama no ubica estos cuentos en ninguna categoría en particular.

tencia que encontramos en el autor de *El amante de Lady Chatterley*. En general, estos son los cuentos que resultan menos interesantes.

Esta presente selección de dieciocho cuentos, en su mayoría inéditos, intenta establecer un equilibrio entre diversidad de temas, situaciones, estilos y mantener un criterio de calidad. Rama mostró a un Figari exclusivamente costumbrista; nosotros estamos haciendo hincapié en su aspecto más onírico.

Hoy en día Pedro Figari es recordado principalmente como pintor. Sería osado afirmar que su obra literaria merece un lugar junto a la de autores nacionales como Felisberto Hernández, Armonía Somers o Juan Carlos Onetti.¹² Pero esta no es razón para dejar de disfrutar de estos cuentos. Adentrémonos en otro aspecto de este fascinante hombre múltiple y permitamos que ellos nos arranquen alguna que otra sonrisa.

Juan Manuel Sánchez Puntigliano

12 Rama sí parece abogar por darle a Figari un lugar entre los grandes escritores del país (Rama, Ángel: *La aventura intelectual de Pedro Figari*, o. cit., pp. 47-48).

De media vigilia

Un joven amigo, músico alemán, bajo, cabezón y de frente convexa, tenía en su propia casa una sala de conciertos públicos, bastante concurridos, pues era cubista, y ya sabemos que esto se halla de moda.¹ Yo iba más bien por cortesía, pues él se consideraba obligado a invitarme, no sé por qué razón de esas ocultas que nos andan zigzagueando por entre los tobillos, como buscapiés.

Cada noche de concierto quedaba yo aturdido, puesto que como buen músico moderno gustaba del empleo abusivo de metales, lo cual, en una sala chica, redoblaba los efectos picantes de la vibración. Había instantes en que los trombones y cornetas parecían querer arrancarnos los tímpanos.

Una noche, al salir, noté que me faltaba el sombrero. Él, al verme inquieto, me preguntó:

—¿Qué le pasa?

—Es que no encuentro mi sombrero. Debo haberlo olvidado en la sala, o me lo han robado, y lo siento porque era de buena calidad, y nuevo —lo que no era cierto; pero me pareció de buen gusto decirlo para explicar mi co[ngoja].²

—No se aflija —me dijo él con toda naturalidad—, tengo en casa muchos y de toda calidad y tamaño. Venga conmigo.

Al decir esto se dirigió a una pieza lateral, cuya puerta abrió, encendiendo la luz; y yo, que lo seguía, pude ver una gran cantidad de sombreros, enfilados como en una sombrerería.

Yo quedé sorprendido y encantado, y él, por un exceso de amabilidad, me dijo:

—Todos estos sombreros son recogidos en la sala; a lo mejor el suyo está en su butaca. Si quiere podemos ver.

—¡No, valiente! No vale la pena que usted se moleste —me apresuré a replicar apenas vi del primer golpe de vista que podía salir ganando.

1 Una de las escasas referencias del autor a los movimientos de vanguardia, teñida con un dejo de sorna.

2 En el original dice solamente co; por el contexto y el vocabulario de Figari es pertinente suponer la palabra congoja.

—Bueno; llévese de aquí lo que quiera —agregó él con llaneza— y al salir, apague esta lamparilla. Vea: la salida es por este corredorcito, derecho. Yo me voy a dormir, discúlpe-me, estoy muy cansado...

—¡No faltaba más! —exclamé yo—. Sería gracioso que entre nosotros hiciese usted cumplimientos. Vaya nomás, y le deseo un buen sueño. —Al decir esto le estiré la mano; nos despedimos, y quedé solo en la pieza de los sombreros.

Empecé a revisar, buscando los más nuevos y mejores, y a probármelos. Había varios que me quedaban bien, y también otros que sentía no fuesen de medida, puesto que eran de buena calidad y de soberbia forma. Pensé entonces en los miembros de mi familia y hasta en algunos amigos.

Por si acaso —me dije—, no será malo que lleve algunos más, aunque no sean de medida. Pues siempre puedo quedar bien con mis amigos, aunque no sea más.

Formé una pila sobre la parte izquierda, para dejar libre mi derecha, apagué y me dirigí hacia la calle por el corredorcito; pero eran tantos los sombreros que había apartado, que la pila iba rozándome el ala del que llevaba puesto. Para asegurarlo, hice un movimiento para restablecer el equilibrio, y esto, al hacerme dar con un fierro de la cama, me despertó.

Miré a uno y otro lado, y no había en la pieza sombrero alguno, lo cual me contrarió.

Me volví a dormir.

Poco después, encuentro a un amigo muy influyente, servicial y amable.

Aprovechando de tal circunstancia, le pregunté si le sería fácil recomendar un asuntito mío al amigo suyo López Fungueira, fiscal, el cual debía informar sobre un pedido mío de aumento de hipoteca, que era de urgente interés para mí a causa de mis grandes apremios.

El amigo, que parecía felicitar-se que no le pidiese más que eso, me dijo con aire protector y complacido:

—Si no es más que eso, delo por hecho.

Yo quedé preguntándome si no me había quedado corto frente a la buena disposición de este buen muchacho tan servicial y generoso, y solo pude tranquilizarme al considerar que a menudo estas personas suelen cambiar de tono apenas se las pone a prueba.

De pronto mi amigo me dice:

—¡Hombre! Hoy no viene mi amigo; ya sé dónde encontrarlo.

Al decir esto, me saludó, agregando:

—Ya sabe usted: puede dar esto por hecho.

Se marchó apresuradamente.

Lo seguí con la mirada, inquieto y ansioso, hasta que se achicó por la distancia como Carlitos Chaplin.³

En este instante viene a mi memoria que yo no podía hipotecar el campo a que se refería el aumento de hipoteca, puesto que lo había vendido. Tal idea me dio gran congoja, y hasta sollocé, puesto que soy hombre honrado e iba a pasar por un estafador. Fue tal mi impresión, que desperté, en llanto.

Di media vuelta hacia el lado derecho, y logré dormirme de nuevo.

3 Charles Spencer *Charlie* Chaplin (Londres, 1889-Corsier-sur-Vevey, Suiza, 1977) fue un actor, productor, guionista y director cinematográfico inglés. Adquirió gran popularidad en el cine mudo gracias a las películas que realizó con su personaje Charlot. La figura de Chaplin es recurrente en estos relatos y en el pensamiento de Figari: es el elegido para la dedicatoria de su novela *Historia kiria* (1930), aunque al final, en esa ocasión, se inclina por un homenaje más genérico, «A los que meditan sonriendo». Charlot es uno de los pocos personajes que Figari consiente de ese mundo moderno y civilizado que representa la cinematografía a inicios del siglo XX, pero es el humor punzante y el sentido de crítica respecto al mundo civilizado, precisamente, aquello que Figari encuentra digno de admiración.

Poco rato después me encuentro con otro amigo. Era un antiguo condiscípulo mío, hijo de un gran estanciero fronterizo, vale decir, opulento.

Hacía mucho que no nos veíamos, y no pocas veces me había acordado de él, principalmente, cuando pasaba dificultades, que no fueron pocas las que pasé.

Al verme, viene hacía mí, y emocionado, me dice:

—Te andaba buscando, Pepe.

Mientras que me abrazaba, noté que me revolvía los bolsillos traseros de la levita. Sorprendido, le pregunté:

—¿Qué haces, Jaime!

—Te he traído una cartera de recuerdo; después de tanto tiempo no iba a venir a verte con las manos vacías, tanto más que mis asuntos y los de la estancia han marchado admirablemente. Hemos ganado cuanto hemos querido. No me vayas a privar del gusto que tengo al hacerte un buen regalo, y si por falsa delicadeza no quieres aceptarlo para ti, esto quedará para tus chicos.

Yo, fingiendo por delicadeza cierto pudor, ausente por completo, le contesté.

—Mira, Jaime, bien sé que entre amigos que se estiman de veras, todo puede hacerse y está bien; y ya que lo he dicho, ahí va: Está bien, y gracias por mí y por mis chicos.

Pero me entró una impaciencia tal por palpar la cartera y por ver lo que contenía, que apenas podía hablar. No obstante, tartamudeando, pude decirle lo que correspondía en tal circunstancia.

—Dejemos eso, Jaime. Lo que me interesa principalmente es saber qué ha sido de tu vida en todo este tiempo, y de la de tu familia. Eso es lo más importante y espero que no me privarás de ese placer; cuéntame.

Mi amigo Jaime tomó un aire solemne, me abrazó de nuevo y palmeándome la espalda, me dijo:

—¡Cómo voy a negarte nada, Pepe! Si estoy ansioso de contarte todo, todo... Tanto es así que pasaremos juntos esta noche, y mientras cenamos te iré empezando a contar todo lo que hace a mí y a mi familia. Vamos.

Comprendí que era preciso resignarse, por aquello de que la rosa va con sus espinas.

Fuimos a un café, y él con gran calma dispuso el menú. Había un aire de plenitud serena en su aspecto, y parecía solazarse dándose el tiempo mayor posible para todo detalle.

Entretanto, yo, que no podía delicadamente palpar la cartera, ni menos contar lo que contenía, ardiendo de impaciencia, hacía cálculos arbitrarios.

De pronto, dándose una palmada en la frente, me dice:

—¡Qué aturdido soy! Me olvidaba de que tengo que ver a Céspedes ahora mismo. Discúlpame. Es forzoso...

—Por lo que a mí toca —dije yo, fingiéndome contrariado por esto—, no seré quien te prive de cumplir con los demás; pero ha de ser a una condición, y es que me prometas contarme todo, todo lo tuyo y lo de tu familia.

Él, satisfecho, me dejó unos doblones sobre la mesa para pagar el gasto, lo que dejé correr como si no lo hubiese notado; me dio un abrazo, y se marchó. Yo respiré.

Cuando calculé que debía haber llegado a la puerta, di vuelta la cabeza para ver, y con gran sorpresa mía lo veo volver sonriente hacía mí.

Fue tal mi sobresalto que desperté, y quedé completamente a oscuras acerca del contenido de la cartera.

El amor

De edad enigmática según es siempre la de los negros viejos, tío Indalecio y tío Zacarías se habían ido apergaminando y arrugando, como cuero que se seca lentamente. A fuerza de rodar, hasta el nombre se les había encogido. Se les denominaba «Tiolecio» y «Tiozaca», y ellos mismos, bien-humorados a pesar de todo, de esto y lo demás, tomaban de buen talante cualquiera cosa, chacoteaban y reían. Solían visitarse bien que se hallasen separados por la ciudad, pues el destino, como ellos decían, los había colocado con sus respectivas familias numerosas al uno en el barrio norte y al otro en el barrio sud, y bien hacia los extremos. Esto era una ventaja, así como el que ambos fuesen viudos, dado que, si no fuese así, ni el diablo se entiende con la prole. Lo de hallarse distantes tenía el beneficio de que no podían comunicarse los secretos de familia, que eran mucho más numerosos que su prole, puesto que si bien salían a la visita con la cabeza llena, y dispuestos a consultarse, al llegar, ya se habían serenado y hasta olvidado de tales cuitas, y preferían charlar y solazarse.

Llevaban chistera y levita cruzada como llevan los frailes su hábito, incambiado e incambiable, y daba gusto el verlos departiendo solos, como colegiales. Las muchachas y muchachos aprovechaban en ambos dominios la visita usual de los compadres para darse vacaciones. Hasta una chica, la menor de las hijas de Tiolecio, solicitada por el novio para salir juntos, le decía:

—Iremos cuando venga Tiozaca; tené paciencia.

Con este simple detalle podrá verse que dichas visitas eran bastante largas.

El día de Santa Cecilia llegó Tiozaca de visita, y así que se disolvió el enjambre, comenzaron a charlar, después de haber dado fuego al pito, al cachimbo,⁴ mejor dicho.

La charla versó sobre el amor, pues Tiozaca, con sus ojos aún resplandecientes, con destellos que parecían venir del otro mundo, sin embargo, dijo:

—Che, Lecio, me dicen que estás por casarte, y hasta me han dicho el nombre de tu amada: Conchita Fuentes. Hacés muy bien, Lecio; ¡hay que vivir!

—¡Qué Zaca! Vos no cambiás ni con los golpes. ¿No ves que ya estoy más bien para un velorio que para una boda?

—Y entonces ¿para qué la buscás?

—¿No se te ha ocurrido nunca el mirar una vidriera muy linda, sin entrar a hacer compras! Pues eso hago yo con Conchita Fuentes, la miro, y como al mirarla me parece verla con la nuca, doy vuelta y me voy. No es malo entretenerse un rato; ¡pero de ahí a hacer gastos exagerados!...

Tiozaca quedó confundido y con el buche lleno, sin saber cómo hacerle a su compadre confidencias de amor. Aquella sensatez de Tiolecio lo cohibía, y este, sospechándolo, dijo:

—Ahora contame vos tus amores, pues ya sé que andás alzado.

—Yo —contestó Tiozaca, más aliviado— te diré con franqueza que encontré lo que me hacía falta, y ando muy enamorado. Se trata de una chica, la hija de Policarpo, muy linda, muy seria, y ágil como pájaro.

—Yo sabía —dijo Tiolecio con malicia—, lo que no sé son los detalles.

—Hay poco detalle, che. Como me pareció interesada en mí, le dije claro: «Yo la quiero, Zoita, etc.»

—Pues es justamente el etcétera lo que quisiera conocer.

—¿Para qué?

—Para tener una idea clara de tus amores, y ver si puedo darte un buen consejo de compadre.

4 Pipa de fumar tabaco. Admínículo frecuente en los dibujos e ilustraciones de Figari para *Historia kiria*. En su rico repertorio gráfico es un signo de sabiduría y al mismo tiempo de indolencia.

—Pues el etcétera es que ella me contestó: «Yo también, Tiozaca».

—¿Y ella no sabe que tenés juntados unos realitos?

—Las cuestiones de interés yo no las quiero mezclar en asuntos de amor, ¿sabés?

—Bueno, te voy a dar ya un consejo de compadre: Antes de cerrar trato hacé el balance, y verás, verás lo que te conviene. El amor no es cuestión de querer, sino de poder, y como no se pueden hacer ruedas de carreta con longanizas, tampoco se puede hacer un casamiento apropiado entre un viejito y una palomita.⁵

Tiozaca, amostazado, repuso:

—Yo quisiera saber por qué.

—Eso es muy delicado para decirlo, aunque se trate entre compadres.

Se levantó Tiozaca, y dijo:

—Bueno: ya se acabó la sesión.

—Sentate —replicó Tiolecio—, ya que estás con tanta curiosidad te lo voy a decir...

—Ya no hay tiempo —observó Tiozaca, tomando el camino de salida, y Tiolecio, sin poder contener la lengua, haciendo cartucho con las manos en la boca, y reventando de risa, dijo:

—No te vas a poder meter más la chistera, ¡tené cuidado!

Ante la amenaza de Tiolecio, dio vuelta Tiozaca, y le dijo:

—Me vas a decir por qué.

—Porque vas a quedar como ciervo —replicó Tiolecio soltando la carcajada, una carcajada soez, de negro.

5 El motivo del casamiento desigual es abordado también en otras narraciones de este mismo volumen como *Carta a una antigua amante* y en la pintura *Viejo verde*, parte del acervo del Museo Figari.

Las macanas de Benítez

Esto nos contaba un día Abdón I Benítez:

Una vez coronado rey de Paraguay, hice mis preparativos para visitar las cortes extranjeras, según es de práctica. Por igual razón empecé por Francia: París. Bien que rey, como los recursos eran escasos, hube de alojarme modestamente, en Montmartre, en un fondín inmediato a la Place du Tertre. Estaba casi olvidado de mi carácter oficial, y ya me preocupaba de hacer programas divertidos, que no faltan por cierto ahí, si hay modestia y un adarme de ingenio, cuando aparece un gran dignatario, que venía en nombre del Eliseo a obsequiarme. El Eliseo estaba empeñado en dar un brillo especial a mi visita —por razones que no aclaré—, y me preguntó, muy lagotero, en qué podía servirme, coronando su ofrecimiento con estas palabras: pida nomás.

Esto encendió mi ambición, y le dije que por el momento lo que le pedía era una hora para pensar. Entonces, él me entregó el programa de festejos dispuestos en mi honor, y me dijo que a la hora precisa vendría por la contestación, y se marchó. Lo primero que vi fue que se me reventaba un programa que ya tenía convenido con una chica monísima: Midinette, pues a la misma hora en que debía encontrarme con ella en el Moulin de la Galette, era preciso ir a depositar una corona en la tumba del soldado desconocido.⁶

Para compensar este contratiempo, comencé a pensar en lo que iba a pedir, y ya se ofrecieron en remolino las Tullerías, Versailles, Saint-Cloud, Fontainebleau, Chantilly... Estaba en eso cuando aparece el enviado del Eliseo, y yo le dije que estaba pensando en lo que iba a pedir, contándole lo que estaba refistoleando, y él, con gran sorpresa mía, me dice:

—¡Nada más que eso!...

Me acordé entonces de las calandrias, los benteveos y los horneros, y le dije:

6 En el Museo Figari se conserva una fotografía de Figari presente en el grupo de personas del Comité France-Amérique que homenajean al soldado desconocido en París, 1931.

—Me gustaría un pedazo de pampa...

Al decir esto, oí un mugido tal que desperté.

Era un camión que pasaba dando golpes de bocina: ¡buah! ¡buah! y como por encanto quedé siendo nada más que Abdón I Benítez, por un lado, con cierta contrariedad, y por el otro contento, y aun satisfecho: ¡qué te creés!...

Di vuelta hacia el lado izquierdo, y pocos instantes después yo era Napoleón I. Mis huestes entusiasmadas y pujantes esperaban mi voz para vencer. Los cañones, con sus enormes bocas abiertas, parecían preguntarme: ¡Y cuándo! ¡Cuándo mandás chumbar!

Me hice de ánimo y mandé atropellar, sin estar seguro de las posiciones que ocupaba el enemigo, ni saber quién era.

Se echaron mis tropas con tal denuedo, que vencieron.

Vinieron las consiguientes aclamaciones, y yo me sentía feliz. No obstante, algo me faltaba, según ocurre siempre. Mi brazo izquierdo lo había perdido. Los cirujanos del ejército me rodeaban y palpaban para saber por dónde había que cortar. Los serruchos me impresionaban, pero como era yo gran prócer, no podía sino manifestar gran menosprecio por una prenda así, insignificante. A mí me parecía que bastaba una simple fricción para arreglarlo todo, pero no podía manifestar mi opinión que se habría tomado por cobardía.

Entretanto el cirujano mayor, un barbudo, con un enorme serrucho, empezó a señalar con el lomo del instrumento, hacia el hombro, el sitio por donde iba a cortarme. Al sentir el frío del acero, con ser prócer y todo, no pude dejar de insinuar mi idea, y en el mismo instante se me aproxima Mí-dinette, y me abraza. Siento unos empellones, abro los ojos, y me veo a un barbarote, el vecino de cuarto, un finlandés, que me decía:

—Deje dormir, por favor.

Volví de nuevo a ser Abdón I Benítez, con cierta contrariedad, por un lado, y por el otro, contento y aun satisfecho: ¡qué te creés vos!

Me puse boca arriba, y no tardaron en aparecer varias princesas, a cual más hermosa, y muy alhajadas, con enormes escotes.

Todas se disputaban, mejor dicho, me disputaban. Yo no podía poner la mano sobre ninguna de ellas, por cuanto en sus disputas iban cambiando de posición constantemente. Resultaba ocioso el que tratase de persuadir las de que, mediante un acuerdo, todo se podía arreglar. Ellas, excitadas ante la idea de poderme conquistar, cada una solo para sí, se debatían encarnizadamente, y yo estaba apenado, además, por la idea de que pudiesen lastimarse.

Desesperado, echo la mano sobre la que estaba más cerca, y oí un ruido y un chorro: era que había volcado la taza de tilo que se coloca invariablemente en mi mesa de luz.

Abrí los ojos, y quedé siendo Abdón I Benítez, no sin nostalgia: ¡qué te creés vos!

Volví a ponerme de costado, y no tardé en ser tenor, tenor y divo.

Cantaba Fausto, y era el instante del dúo. Estaba ahí Margarita con sus trenzas rubias, las cuales parecían hechas con virutas. Yo, sorprendido, no atinaba a entrar en mi papel, y ya los violines iban subiendo *in crescendo* muy lento, mientras el director me miraba, y me hacía señas. Como yo quedase mudo, él se agita, agita la melena, y resulta ser un león, nada menos que un león del Atlas. Como por encanto, me trueco yo en domador.⁷

No sabiendo qué hacer con el león, puesto que ni sabía yo qué programa era el de esa noche, y como si notase él mi perplejidad, se abalanza, mostrándome los colmillos. Entonces,

7 Recuerda a una famosa escena de *El circo* (1928), filme de Chaplin. Como ya se apuntó, el personaje de Charlot es admirado por Figari, pero además el encadenamiento de gags disparatados siguiendo la fórmula chaplinesca del *slapstick*, del golpe y porrazo, es un recurso narrativo que el autor emplea para estos tropiezos de Benítez.

instintivamente hago sonar mi látigo, y echo hacia atrás la cabeza. Di con los fierros de la cama; abrí los ojos, y quedé de nuevo Abdón I Benítez: ¡tal como me ves!

Pocos instantes después resulto ser torero, matador, y famoso matador en una corrida de gran gala, con asistencia de los reyes. No se veían más que mantillas, tanto en los palcos cuanto en las gradas.

Iba yo muy orondo contorneándome con garbo, y oigo la corneta. Sale un toro hosco, de mirada acerada y maliciosa. Naturalmente, había que florearse. Tomé la capa, y fui a buscarlo. Con gran sorpresa mía, y no sin cierto alivio, noté que el toro me rehuía, y no por falta de bravura, puesto que iba destripando caballos y arrasando la plaza. De pronto, se detenía, me miraba, y lo hacía compasivamente.

Había sido una barrida de caballos y toreros tal, solo quedaba yo frente al toro, y algunos caballos que iban con las tripas fuera. Empecé a hacer evoluciones con la capa, y noto que los caballos, esos pobres animales destripados, comienzan a relinchar, como si riesen. El toro, por su parte, también larga una satánica carcajada, con mofa. Me acerco al palco real, y haciendo una gran reverencia, pido que se mande guardar orden. Los reyes comienzan a reír, ellos también, y el público, a reír y silbar. Entonces, me dije: ¡Lo mejor es que dé bien de una vez mi estocada, y ya verán!

Apunté al toro, y di una estocada tal, que se me fue el brazo con el estoque tal como si fuese un proyectil. Mi brazo armado fue dando vueltas, y después de hacer varias evoluciones, da muerte al toro y vuelve hacia mí y se me coloca de nuevo en el hombro. Sentí un dolor; desperté y era Abdón I Benítez.

Ya me costó tomar de nuevo el sueño, y empecé a contar. Cuando llegué a los setenta y seis, viene una gitana, preciosa, y me dice:

—¡Son míos!

Yo, hechizado, no sabía qué hacer ni qué decir.

Ella, como si estuviese hipnotizada, me miraba con embeleso, en silencio e inmóvil, esperando mi contestación.

Por mi parte, también la miraba a ella, y cada vez me parecía más hermosa.

En la duda de lo que debía contestar, guardé silencio.

De pronto, se echó a llorar, y se iba desvaneciendo, así que lloraba. Yo quise acercarme, para consolarla, y cuando llegaba a ponerme a un paso de ella, daba vuelta la cabeza, y me sacaba la lengua. Corrí para alcanzarla, y vi un muro que la obligaría a detenerse. Cuando la iba a agarrar, ella, desmayada, se confundió con el muro: era un muro chino.

Tío Bonifacio

En sus buenos tiempos, el Tío Bonifacio se llamaba «Facito», y fue no poco afortunado tenorio. No había negrita ni mulata que no se enterneciese, particularmente, cuando él les hacía la corte con alguno de sus cuentos y chistes, tan inesperados cuanto oportunos. Hasta se dijo que una dama, mujer casada y buena moza, sintió por él las sugerencias del imán negro, pero, claro, sin dejarlo ver, puesto que en aquellos benditos tiempos se hacía cuestión de honor en que cada cual quedase en su sitio.

Facito era el primer invitado a todas las reuniones grandes y chicas, no ya en los candombes rituales, donde habría sido una rareza el no verlo en el trono, junto al altar, compartiendo con los santitos el honor y el brillo de la fiesta africana. El 6 de Enero, pues, comenzaba a ser una apoteosis, para él, y hasta para la reina, la cual era casi siempre designada por él mismo, y salían a bailar y contorsionarse, ufanos, apenas sonaban el tamboril, las marimbas y demás instrumentos de su tribu allá, en África.⁸ Eso, que comenzaba por ser un homenaje patrio, les hacía doblemente recordar los grandes días de su vida salvaje, regada generosamente por los diamantes saludables del sol.

Facito, que tenía, además de una chistera, un elástico de diplomático y un viejo képi de general,⁹ iba cada año renovando su indumentaria, y ya en diciembre, si no antes, no eran pequeños los pronósticos y comentarios de las negras, frente al refunfuño celoso de los negros, acerca de la forma en que se presentaría ese año. Él, naturalmente, reservaba cuidadosamente su decisión a fin de dar mayor volumen a la sorpresa.

8 Motivo predilecto en las pinturas de candombe de Figari: la elección de los reyes el 6 de Enero, que incluía además la visita al gobernador, otro de los temas que aborda el pintor con lujo de detalles y que leeremos más adelante.

9 Figari suele representar al rey negro con estos uniformes. Véase la pintura *Candombe* (Museo Figari).

Durante la visita protocolar al gobernador, el secretario Cintreira le dijo:

—Che, Facito, tené más cuidado con las negras este año, ¡y poné más juicio!

Facito lo miró riendo, y contestó:

—Yo debo seguir el ejemplo del gobernador, y de sus alcagüetes.

Como había nacido sin frenillo, poco le costaba el retrucar.

Pasó así su mocedad este aventurado, hasta que se encontró con la negra Casianita, bastante fea, caprichosa y malhumorada, muy trompuda además, pero sumamente hábil para engatusar, por manera que Facito pasó a ser Tío Bonifacio, en cuanto este se le arrimó. Verdad es que Facito tuvo siempre el doble de las trompas.

Tuvieron cantidad de chicos, varones y mujeres, de tal modo que nunca pudo saber Tío Bonifacio cuántos tenía, tanto más cuanto que había mellizos, y mellizos de ambos sexos, había muertos, ausentes y pequeñitos, no sin que Casiana llevase dentro sus reservas. Era un problema insoluble, pues, para tío Bonifacio, el contestar cuántos hijos tenía, y cada vez que se lo preguntaban, él contestaba:

—Quien lo sabe es Casiana; yo no entiendo de esto, ni he tenido uno solo.

Como era haragana y desordenada Casiana, la familia vino poco a poco a menos, y cuando se abolió la esclavitud, tuvieron que irse al suburbio y después al campo, para poder vivir y seguir acumulando hijos para la patria.

Allá estaban, en las proximidades de un pueblito de campaña, cuando lo sorprendió la muerte, de golpe. Lo velaron con baile, y Casiana con sus hijos y amigos rezaron cantidad de rosarios para que llevaran a Tío Bonifacio al cielo. A fin de facilitarlo todo, dispusieron colocarlo en lo alto de un peñasco, hasta donde solo pudieron llegar con el finado la viuda y sus dos hijos más fuertes, Ciriaco y Cirilo.

La nube Celedonia que los vio consumir esta proeza, ya informada de aquel fallecimiento y de los rezos, por sus enviados, los del cielo, dirigiéndose a la nube Ciriaca, le dijo:

—Aquí traen a Tío Bonifacio, y no sé qué hacer con él. Vos, que andás mejor montada, llegate hasta el Eterno y preguntale. No te olvides de decirle que viene muy recomendado.

En un galope llegó hasta el Eterno la nube Ciriaca, y le dijo:

—Patrón: Aquí han traído al negro Tío Bonifacio, y dice la nube Celedonia que no sabe qué hacer con él.

—Ya sé —dijo el Eterno—, échenlo por ahí nomás.

—Es que lo han puesto muy en alto y viene muy recomendado, patrón.

El Eterno pensó un instante, y respondió:

—Entonces, métenlo en un barril; en aquel con forma de tamboril.

El Eterno, aburrido, reencendió el pucho, y siguió dibujando marcas en el suelo, con su arreador.¹⁰

10 El narrador explora con mayor profundidad la figura de dios como gaucho en el relato —casi una *nouvelle*— *Dans l'autre monde*, traducido del español por Charles Lesca e ilustrado por Figari. Suplemento de la *Revue de l'Amérique Latine* del 1 de julio, 1 de agosto y 1 de setiembre, 1930, tomo XX, n.ºs 103-105.

El chillido

Me presentaron a don León Cabrera, hombrazo de voz aguda, y a su hermana Úrsula, hermosa, de mirada querendona y de labios gruesos, rojos.

Entre dos luces, la veo asomada al balcón inmediato al mío, insinuante, y comencé a conversar. Como ella me mirase con sus ojos singularmente negros y aterciopelados, tornasoles, se diría, y no poco provocativos, la invité a que pasara a mi balcón.

—Y si me caigo —dijo, aniñada y coqueta—, ¿son seis pisos!

—¿Cuánto pesa? —le pregunté.

—Sesenta y ocho kilos —contestó.

—Está bien —afirmé—, venga nomás.

—Agárreme bien, fuerte —advirtió ella, abriendo los brazos.

Yo la tomé resueltamente, y la pasé a mi balcón.

Como siguiera ella en actitud provocativa, le dije:

—Si me permite palpar su piel, para ver de qué satin es, tal vez me convenga, y podremos casarnos.

—Como guste —respondió Úrsula, con gran naturalidad.

Traté de formarme una idea al respecto, mientras ella sonreía cada vez más amable, y le dije:

—El satin es de la mejor calidad. Si quiere nos casamos esta misma noche.

—Como guste —volvió a decirme Úrsula, muy sumisa.

Noté, sin embargo, algo extraño en su sonrisa, que debía haberme prevenido, aunque no fuese más que por aquello de que no puede ser verdad tanta belleza, y entusiasmado con la idea de la conquista, tan fácil todavía, traté de rematarla, pidiéndole que me diese un beso.

Ella, gazmoña, me contestó:

—Lo del beso déjelo para después, cuando estemos casados.

—Está bien —dije yo, resignado—, pero hay que apresurar el casamiento.

Íbamos poco después con gran cortejo, y a pie, camino de la quinta de una tía de Úrsula, tía Pepa, con una noche bastante clara, pero sin luna.

De pronto, noté que don León Cabrera, que iba de galera y muy tieso, comienza a dar chillidos, cada vez más acerados, y, al propio tiempo, a vista de ojo va tomando el aspecto de un chillido. Fuera de la galera y los zapatos, todo lo demás iba adquiriendo una forma semejante a la de la avispa, y su manera de andar vivísima, veloz y zigzagueada, inquieta, me produjo cierta alarma, la cual se fue acentuando al advertir una tendenciosidad en él. Cada vez chillaba más destempladamente, y con una agudeza que hería mis tímpanos, y, a la vez, iba cerrando sus evoluciones a mi respecto. Hubo un instante en que hasta se me hacía difícil no pisarlo. Me pregunté: ¿Lo piso? No —me dije—, sería inhumano, dado que yo sé que es hombre, aunque no lo parezca.

Decidí entonces acelerar mi paso, y así lo hice. Don León Cabrera, ni sabía yo cómo, iba con sus pasitos mínimos, y vertiginosos, estrechándome con sus evoluciones y chillidos, cada vez más estridentes, inaguantables. Entonces, decidí pedir que interviniera mi novia, Úrsula, y cuando di vuelta la cabeza tanto ella cuanto el cortejo se habían desvanecido.

—¿Qué hago? —me pregunté.

Me acordé de que no debía hallarse lejos de ahí la quinta de Apolinario Pérez, viejo amigo, y tomé dirección para buscar refugio, ante una molestia según era aquella, de la cual no atinaba yo a desembarazarme, por escrúpulos humanitarios.

No tardé en notar que un pequeño curso de aguas cruzaba el camino, y contento por esta incidencia, salté. Miré hacia atrás, y vi que Cabrera, afligido, corría de un lado para otro, tratando de vadear. Yo me dije: Es tan empecinando don León, que ya encontrará la manera de pasar.

Apresuré el paso, algo más tranquilo por cuanto se oían cada vez más alejados los chillidos de don León Cabrera, y no tardé en hallarme frente a la quinta de Apolinario Pérez.

La casa estaba enteramente oscura; había unos sesenta metros de jardín para llegar a ella; una gran reja y dos perazos del lado de adentro. Era tal el horror que me causaba escuchar indefenso los chillidos de don León Cabrera, que decidí correr la aventura, y me procuré una vara en uno de los cercos vecinos, para defenderme de los perros. Salté el cerco; los dos perros se abalanzaron furiosos sobre mí, con tal furia, que aparece mi amigo Apolinario Pérez en camisa, con un candil en una mano y un arma en la otra. Llevaba además un fez, y parecía un turco. Al verme, me reconoció en el acto, y me dijo sencillamente:

—Te estábamos esperando; entrá.

Entré al hall, donde me encontré con toda la familia de Apolinario, que es numerosa, y todos se hallaban en rueda, en sillones de hamaca, y en camisa.

Apolinario me invitó a sentarme, también en un sillón de hamaca, frente a él no sin antes trocar su arma por una gran pipa.

Empezamos a conversar tranquilamente, y de pronto, todos, las siete hijas de don Apolinario, y él, incluso, comienzan en coro a decirme:

—Estas son las cosas de don León —repitiendo varias veces lo mismo.

Como Apolinario se hamacase entretanto, noté que al subir la hamaca mostraba cosas que no se acostumbra mostrar, y me invadió una gran tentación de risa.

Comprometida de nuevo mi situación, alegué que tenía que ir a buscar a mi novia, y al acordarme de Cabrera, le pedí que me hiciese acompañar; hasta pensé en los perros.

Apolinario, muy amable, dijo:

—Tú, Concepción, a un lado, y tú, Eusebia, al otro acompañen a Serapio.

Ellas hicieron unas evoluciones militares, como si llevarsen un arma al hombro, y, en camisa, se colocaron la una a mi derecha, la otra a mi izquierda, y dijeron:

—¡March!...

No tardamos mucho en llegar a la esquina de mi casa, y, al llegar ahí, me hicieron la venia, y dieron vuelta en silencio, camino de su casa.

Yo hubiese querido decirles que era justamente ese el momento en que más necesitaba la compañía, pues debía estar esperándome don León Cabrera en la puerta de su casa; pero no me animé.

Di una corrida junto al muro, para que no me viese, y logré por fortuna meterme en mi casa sin ser visto. No bien cerré el cancel, veo aparecer a tres mujeres, que me llamaban, invitándome a que les abriese. Reconocí a mi novia, la madre y una tía. Comencé a oír los chillidos de don León, menos agudos, sin embargo, y bien que ellas tuviesen semblante muy amable, azucarado, comprendí que venían dispuestas a algo que me atemorizaba, como si fuese el morir a cosquillas, y me escurrí sin abrirlas. Cierto es que cuando miré para cerciorarme, ya habían desaparecido. Subí la escalera, y al llegar al cuarto piso, veo, con gran extrañeza, que la chica, monísima, muy empolvada, sin embargo, me miraba y me guiñaba, mientras que la mamá, mal engestada, parecía decirme: Si te metes, ya verás.

Aleccionado, según venía, me dije: A dormir, Serapio; no te metas.

Seguí mi ascensión; me acosté, y no habría pasado media hora que oigo una serie de soplidos desagradables. Miro hacia el sitio de su procedencia, y me veo ahí a don Apolinario Pérez, en camisa, con su pipa y su fez, sonándose groseramente las narices.

Lo interpelé amistosamente para que no hiciese tanto ruido, y él, con gran desenvoltura, me dice:

—Si me dice una palabra más, lo aplasto.

Quedé sorprendido de su amenaza, y si bien callé, él seguía cada vez sonándose más fuerte. Entonces, me dije: ¡Yo la juego!...

Hice un movimiento tan violento que desperté, y me di cuenta enseguida de que era un auto el que iba sonando con su irreverente bocina, al propio tiempo que un grillo estaba chirriando cerca de mi cama: ¡era don León Cabrera!

Mandé de inmediato buscar a mi médico, pues sentía una gran pesantez en mi cabeza, y tenía el cuerpo entumecido.

Llegó el doctor Solariowsky enseguida, y me dice:

—Usted ha comido langosta.

—Y cómo sabe, doctor —le contesté.

El Museo Grévin¹¹

Apenas entré al museo, oí a mi lado unos berridos infantiles tales de espanto, que me sorprendieron, y no poco, pues nada se hallaba más lejos de mi espíritu que en un ambiente así pudiese haber sitio para eso. Vi que una señora estaba ahí con un chico de unos seis años, el mismo que gritaba, y ella, al oírlo berrear espantado, decíale:

—Acércate; mira qué lindo; no tengas miedo; parece natural.

El chico, cada vez más atemorizado, chillaba, mirando con sus ojos desorbitados, y apenas pudo articular unas palabras, exclamó:

—¡Tengo miedo, mamá: parece un hombre!

La pobre señora, sin ver el filo de la exclamación, solo atinó a contestar:

—¿No ves que no puede hacerte nada? ¡Es de cera!

Esto pareció ser concluyente para el niño, el que fue reduciendo sus hipos y sollozos, y hasta quiso tocar al muñeco, no sin decirle a su mamá:

—Y si hay tantos hombres, mamá, ¿para qué hacen todavía estos?

Yo me decía entretanto: ¡cuán lógicos son los niños! Hasta que no les rellenan la cabeza con aserrín, ellos son videntes; es después que viene la instrucción que se echan a perder.

Hallándome impresionado por la inteligencia del chico, traté de entrar en conversación con la señora, a fin de saber quién era el padre de esta criatura, que, desde tan pequeño, se había formado una idea tan clara del hombre.

Por lo que me dijo la señora, el marido era un calzonazos, bien lo que se llama vulgarmente un infeliz, y esto me dejó pensando en que acaso sea tal cosa requerida por la Naturaleza para dar hijos inteligentes a la humanidad, pues esto se ve con frecuencia, así como la inversa.

11 El Museo Grévin es un célebre museo de cera inaugurado en 1882 por el escultor y caricaturista francés Alfred Grévin, aún abierto al público en el céntrico bulevar Montmartre de París.

Este simple antecedente me colocó en un plano inclinado a la meditación, pues me decía: acaso la madre ni advirtió el filo de la observación de su chico, y tampoco se dio cuenta de que ella acentuaba ese filo al decirle que por ser de cera el hombre nada le podía hacer.

En tal estado de espíritu, pensé: en cuanto el hombre bien sé lo que hace y lo que es capaz de hacer; pero: ¿cuánto al muñeco?

Eso es otra cosa. Supongamos que un santo en la actualidad recuperase la facultad de hacer milagros, tan frecuente en la antigüedad, y se le antojase animar a los muñecos del Museo Grévin: ¿qué ocurriría?

Supongamos que una tarde dichos muñecos, caminando por sus propios pies, toman los bulevares y se echan a andar; nada más que eso: ¡imagínese el alboroto y el desbande! Supóngase que de pronto comienzan a hablar y a gesticular, manteniendo inmóviles sus ojos. Esto solo, en cualquier lengua que se expresasen, ¿no bastaría acaso para reproducir los más famosos pánicos de la antigüedad? Y eso que no son de carne y hueso.

Bastaría una sola broma de estas, que se halla en el cuadro de posibilidades de cualquier santo, para cambiar la faz del mundo, lo cual no poca falta nos hace.

Tratemos ahora de conjeturar acerca de lo que podían hacer los muñecos, en tal supuesto, con su alma de paja, cosa fácil de descubrir dado que no es poco el aserrín que llevamos en el alma, y no ha de haber grandes diferencias entre uno y otro relleno. La diferencia está en que cebados según están los muñecos a la exhibición y la notoriedad, como los grandes políticos y los famosos malhechores, resultan aún más peligrosos, y pienso que no ha de influir poco esta consideración en el ánimo de los santos, para no dejarse tentar por dicho milagro.

Bien que me hallara sumido en estas reflexiones, no dejé de notar que uno de los guardianes iba ordenando por filas a un grupo bastante numeroso de mujeres, que se mostraban en gran recogimiento interior, como si se hallasen

orando en un templo. Me acerqué al guardián, y le pregunté quiénes eran estas señoras, a lo que contestó sonriente y hasta con cierta malicia:

—Son pequeñas rentistas, señor.

Efectivamente, pude ver que llevaban sus carteras, grandes y abultadas, y hasta parecía, por la actitud, que viniesen con ellas a hacer una ofrenda.

Entonces le pregunté qué era lo que miraban con tanta devoción, y él me contestó, con solemnidad:

—Es Landru.¹²

Traté de aproximarme para ver mejor, y pude notar en el semblante de las beatas una expresión de ternura, como si dijese:

—¡Toma: aquí están nuestras economías!

Miré entonces a Landru, y este parecía decir en su expresión:

—¡Qué jetta¹³ no poder seguir la bolada!...

En el primer momento me pareció vivir en lo irreal; pero lo pensé un instante más, y me dije: Nada más humano y lógico: tal para cual.

Seguí circulando, perdida poco a poco la noción de lo real y lo irreal, y clavé mis ojos en un muñeco que parecía aproximárseme, cuando, de pronto, doy de narices en un gran espejo: el muñeco era yo, o sea, mi imagen. Confieso que este engaño de algún modo me emocionó, y, para restablecer el equilibrio de mis nervios, me senté en un sofá circular, de esos que se colocan al centro de una sala.

Cuando di vuelta la cabeza, hacia la derecha, noté que a mi lado había una joven muy hermosa, de esas que se llaman vulgarmente gran belleza. No sé si lo sería, pero, en el estado de mi espíritu, por aquellos instantes, así me pareció. Lo más curioso es que no pude distinguir si era de cera o de otra sustancia más jugosa: tal era su inmovilidad.

Entonces, con disimulo, le toqué la mano, para cercio-

12 Henri Désiré Landru (1869-1922), asesino serial francés que seducía mujeres para luego matarlas. Murió decapitado en la guillotina. Chaplin realizó una película en 1947 inspirada en su historia: *Monsieur Verdoux*.

13 *Yeta*, en lunfardo: 'mala suerte'. *Jetta* es apócope del napolitano *jettatura*: con el mismo sentido.

rarme. La chica sonrió. Declaro que si hubo sorpresa, no debo decir que fuese desagradable; al contrario, tanto menos cuanto que la mano la sentí tibia.

Con gran desenvoltura me invitó a tomar algo. Bien sé lo que esto significa en tales circunstancias. Lo que ella quería tomar era algo de mi cartera, y al instante me pregunté si no habría sido mejor que hubiese sido de cera la damita.

Como notase en mi semblante, de inmediato, igual que si oyera en radiola, lo que iba diciéndome el alma, replicó:

—Se equivoca, señor; yo soy persona honesta, y esta es mi manera de ganar mi vida y la de mi anciana madre, así como la de un hermano, que es un holgazán.

Yo quedé perplejo, sin acertar ya a saber si habría sido mejor que fuese de cera, y estaba en esto cuando la chica me dijo:

—Vea, señor, si esto nada le dice, le ruego que se retire. Yo debo ganar mi vida.

Me levanté con desgano, pues me sentía en estado dubitativo, y vi que un viejo se le aproximaba sonriente. Pocos instantes después salían ambos. Yo quedé preguntándome si no había faltado a mi deber al no contribuir con mi óbolo a la subsistencia de esa familia.

No sin escrúpulos de conciencia salí del Museo Grévin, y me dirigí a casa, con el aserrín de la duda por dentro.



Papá



Al morir mi camarada Gervasito, expósito como yo, perdí lo más que podía perder, pues los demás muchachos del Asilo, no sé por qué, se me manifestaban esquivos. Mi camarada, único amigo mío en el establecimiento, hubo de sentir como yo las amarguras de tal prevención a su respecto también.

Entonces fue que pude ver lo que hay de triste en el aislamiento, en una existencia sin amistades ni afectos. Con él, con el cual nos hallábamos unidos por un gran cariño, la vida era bastante agradable. Teníamos ya prontos varios proyectos a realizar, una vez que, cumplida la edad reglamentaria, se nos pudiese en libertad, y hasta nos habíamos empezado a preparar para ejercer una industria fácil, la que no podía dejar de ofrecernos una vida holgada. Él, que era muy vivo y de una audacia extraordinaria —acaso es por eso mismo que fue atacado por su enfermedad en forma mortal—, se ocuparía en distraer, mientras que yo, que tengo la mano suave y lista, haría el resto. Habíamos leído mucho, y conocíamos bien las ventajas y riesgos del oficio.

Vivíamos en el mejor de los mundos, pensando a menudo sobre la forma en que emplearíamos nuestras ganancias: íbamos a comprarnos una casita, con jardín, en un sitio algo retirado, y tranquilo; ahí tendríamos gallinas y conejos, frutas y flores también, y, después del trabajo, nos iríamos a descansar. También habíamos pensado en casarnos. Hasta teníamos elegida a nuestra respectiva mujer, mejor dicho, la imaginábamos. Él, Gervasito, se casaría con una rubia gorda y alta, y yo con una morochita de ojos verdes. Vino este inesperado accidente, la muerte de Gervasito, y ya aquellos castillos se desmoronaron.

Verdad que nada hacía por hacerme querer, pues despreciaba a todos esos expósitos como a verdaderos desgraciados, acaso por causa de la antedicha prevención. Aunque era yo uno de ellos, también algo me decía que tenía algo en mi sangre que me hacía superior. Nunca pude informar-

me de los antecedentes de mi llegada al torno, pero tenía la sensación de que debía contener alguna particularidad, y hasta algún brillo.

Me llamaban el Zarco, tanto los empleados cuanto los compañeros, y esto mismo me dejaba presumir que algo de singular había a mi respecto; tal vez algo de sangre nobiliaria.¹⁴ Quién sabe, me decía, algún viajero es quien me engendrará, de paso, siguiendo viaje. En cuanto a mi madre, no me hacía ilusiones; al contrario, me resultaba violento el formarme una idea de ella, pues todas las imágenes que se me ofrecían eran detestables.

Llegó el día de mi libertad, y, no sin emoción, dejé el Asilo, el cual, sea como fuere, me había servido de hogar durante veintinueve años, los primeros de mi vida.

Salí con lo puesto a la calle, sin saber hacia qué lado tomar. En ese momento sentí que no era dueño de mi libertad, sino más bien esclavo de ella. Mi cabeza estaba como vacía, y mis piernas apenas atinaban a hacerme marchar. Miré a un lado y otro, y noté que los transeúntes iban, ellos también, según parecía, sin plan. Esto me animó. Tomé hacia la izquierda, pensando que lo mismo era para mí ese lado que el otro. Empecé a caminar y seguí por ahí hasta que vi un entierro, con su correspondiente cortejo, y me desvié, entonces, para no enfrentarme con él; caminé; caminé; caminé siempre en lo desconocido, y sin ver una sola cara que me recordase a nadie, si bien alguna vez me parecía ligar mis recuerdos, y, cuando empecé a sentir hambre, me di cuenta de que debía hallarme ya muy distante del Asilo, donde por lo menos se daban las sobras a los egresados; pero comprendí que, por más que me apurase, no llegaría a tiempo, dado el caso de que pudiese encontrar la vía, lo que no era fácil debido a los cambios de rumbo de mi primer itinerario.

14 Alusión a João Gonçalves Zarco (1394-1471), navegante, explorador y caballero portugués de la casa del infante D. Henrique.

Estaba perplejo, pensando en lo que debería hacer. Una mujer me miró con cierta insistencia; yo me pregunté: ¿será mi madre! Pero ella siguió caminando, y yo tomé una dirección opuesta, diciéndome que era preciso ir pensando en la manera de comer.

A poco andar, me encontré en una plaza, casi solitaria. En un banco había un hombre de años que parecía hallarse dormido; me acerqué y pude ver que estaba muerto, o, por lo menos, desmayado; y me dije: ¡Esta es la mía! En un santiamén le saqué la cartera, y la iba a guardar, cuando veo, con gran asombro, a un guardia civil que venía hacia mí. Ni pude ver lo que contenía la cartera; la volví a sacar y la entregué al guardián, automáticamente; y él dijo: ¡Marche!

Salimos de ahí caminando, yo sin saber siquiera hacia qué lado debía ir, y él me indicaba con la mano, en silencio, la vía. Los transeúntes me miraban con marcada antipatía, y algunos hasta con ira; solo una negra vieja balbuceó unas palabras de compasión y simpatía.

En eso me indicó el acompañante que debía entrar, y me hizo pasar a una salita, donde había un guardia. Yo sentí una sensación de alivio; y me dije: por lo menos me darán de comer. El escribiente se acercó, tomó la cartera y dijo:

—Ladrón.

Comprendí que se refería a mí.

Unos minutos más tarde, me hicieron pasar a una sala algo más grande, donde había una persona con barba; debía ser el comisario, pero yo no me atreví a mirarlo. Él, malhumorado, dijo:

—¡Parece mentira que vos, con esta facha, ya andés en estas faenas!

Yo quedé petrificado, sin saber qué decir.

—¿Qué edad tenés vos, sabandija? —preguntó.

—Veintiún años —contesté, según pude.

—¡Ah!, ¿es para festejar la mayoría de edad que hiciste tu hazaña?

—Tenía hambre —dije.

—¿Cómo te llamás?

—Rafael Candelaria, para servir a usted.

—¿Tenés familia?

—No —contesté—: soy del Asilo.

El comisario, que tenía una fisonomía tan dura, al oírme, se compadeció, y hasta se le empañaron los ojos, me pareció.

Dirigiéndose al empleado, dijo:

—Que le den de comer. —Y dirigiéndose a mí—: Cuando no sepás dónde ir a comer, venite por acá que nunca falta un pedazo de carne.

Me hincué; quise besarle las manos, llorando, y él me hizo levantar, diciéndome:

—No, mijo; ese es mi deber.

Yo lo miré asombrado, y solo pude entonces alzar mi mirada hacia sus ojos. Me impresionaron de tan honda manera, que, sin poder reprimirme, exclamé:

—¡Papá!

—¡Háganlo retirar! —dijo el comisario, grave; y al decir esto puso un billete en mi mano.

Mientras me retiraba, oí que le decía al sargento:

—Díganle que cuando no tenga donde dormir, puede venir y denle cama en la cuadra. Queda en libertad.

Al salir, miré el billete. Era un doblón.



Las cosas de Contreras

Un amigo mío, fueguino, Rafael Contreras,¹⁵ era muy dado a las ciencias ocultas, y había llegado a descubrir que el hombre, necesariamente, procede de tres troncos, únicamente: el simio, el ofidio y el pez. La verdad es que la tesis no era muy halagadora, pero como lo que interesa es descubrir la verdad, y no solo cuanto nos halague —puesto que para esto ya se ha hecho bastante—, no hay que negar que tienta la tesis, puesto que uno ve a cada paso proceder como monos, como serpientes¹⁶ y como peces, por poco listo que uno sea. Pero no es esto solo. La dificultad se halla en que a menudo se participa a la vez de los tres órdenes de ascendencia, y ahí se ofrecen los casos de desdoblamiento y la duda torturadora, cuando uno espera que alguien se produzca, se interroga: ¿Procederá como mono?; ¿procederá como víbora?; ¿procederá como pez? Y no es esto solo lo que promueve dificultades, sino que está también lo relativo a la dosificación, a la calidad del antecedente, dado que se puede derivar de un chimpancé o un orangután, lo mismo que de un *ouistiti*,¹⁷ lo propio que de una boa o de una serpiente de cascabel, que de una simple culebra inocente, y lo mismo puede decirse de los peces: ¡vaya uno a saber si se trata de uno de esos monstruos abisales o de un simple tiburón o un pejerrey!

De otra parte, no solo la dosificación, que puede hallarse en variadas condiciones a causa de la cruza, sino la predilección de cada elemento para tomar precedencia, ya sea el mono, la víbora o el pez, para asumir intervención o adquirir ascendente, por autoridad, todo esto complica el caso, en cada caso, y hace tan difícil predecir lo que va a producirse.

15 Haciendo un juego de palabras con el nombre, Contreras es un típico personaje: el Contra, en el Río de la Plata, una persona que se opone, con o sin argumentos, a las ideas que se le presentan.

16 El original dice «como monos, como simios y como peces», seguramente, un error. Sustituimos en este caso *simios* por *serpientes*, para mantener la coherencia de la teoría de Contreras.

17 En español *títí*, nombre vulgar de distintas especies de pequeños primates americanos.

La exclamación más corriente es esta:

—¡Has visto?, ¡quién había de decirlo!

A no estar ahí mi amigo Contreras, se trataba puede decirse de una simple adivinación, y por algo se ha dicho que el hombre es un cofre cerrado. Pero mi amigo Contreras, que había hallado además otro medio curioso, sumamente ingenioso además, para pronosticar si se trataba en cada caso de habérsela con el hombre-mono, con el hombre-ofidio o con el hombre-pepe, por medio de un pentágono formado por los ojos, los lóbulos de la oreja y el hoyuelo del mentón, cuyos lados y ángulos, según fuesen, determinaban una deducción a hacer, deducción que solo él podía hacer, pues nunca quiso revelar el secreto, tentado por la amistad ni por la gloria, él predecía.

Cuando yo le pedía que me lo confiase a mí, como amigo íntimo, me decía:

—Mira, zoquete, te lo diría, pero estoy seguro de que lo primero que haces es contarle confidencialmente a tus íntimos; y se acabó ya: todo el mundo lo sabe.

—¡No creas!, mis amigos son muy reservados, che...

—¡No te digo!

—¿Y qué?

—Que ya estás contando con la reserva de tus amigos para guardar mi secreto.

—¡Y te parece poco!

—¡Zopenco!

Es verdad que mi amigo Contreras tenía una manera propia de considerar la amistad, y un poder de sutileza que lo ponía todo en figurillas. Una vez que estaba conversando yo con un amigo, oyó que él se me acercaba cariñosamente, con los brazos abiertos, diciéndome desde lejos: ¿cómo te va, querido! Apenas nos separamos y me arrimé a Contreras, lo primero que me dijo fue esto:

—¡Mucho ojo con este!

—¿Por qué, che?, si es un buen muchacho; ¡si vieras!

—A mí me basta saber que te preguntó «cómo te va, querido», para deducir que es falso, aun antes de mirarle

el pentágono, un pentágono que está berreando eso mismo por lo demás.

—Pues si eso de «cómo te va, querido» es sintomático, me río del pentágono —acerté a decirle, ya algo incomodado.

—En lo que vas demostrando el fondo mismo de tu incorregible candidez.

—Vamos a ver; explícate, Contreras, que yo no entiendo.

—Es muy sencillo; es un caso de deslealtad. La lealtad habría sido el decir: ¡Por ahí te pudras!, pues venirle a uno, a un amigo que se aprecia, con un «cómo te va, querido», sabiéndose que a él nada le importa, es como si le dijese: «Preparate, que te voy a dar un sablazo».

—Esto es una macana, che, disculpame —le dije yo.

¡No se lo hubiese dicho! Empezó a hacerme demostraciones, y demostraciones tales, tan axiomáticas, que me dejó convencido, sin saber cómo.

Es cierto que soy recalcitrante. Yo tengo mi mayor dosificación de pez, y ha de ser de boga, por lo tonto. Cuantas veces he tenido que decirme: Gracias que no está aquí Contreras, que, si no, me deja hecho un gusano con una de sus filípicas. El pobrecito murió.

Era Contreras de una argumentación cerrada, cerradamente lógica, y que, como había empezado por reírse de todos los lugares comunes y de todas las convenciones, para saber lo que hay de positivo en el fondo, llegaba a conclusiones no solo originales, que eso nada significa, según decía él, sino ciertas, que, según decía también él, era lo que tenía algún interés. Pero hay que declarar, en honor a la verdad, que era también de una honradez a toda prueba; a él sí que se le podía prestar, aunque fuesen libros.

Una vez me preguntó:

—Vamos a ver, Zopenco (como éramos muy amigos él se tomaba esta libertad, y yo confieso que, en atención a su superioridad y honradez probada, me hacía gracia; que cuando me lo dicen otros que son como yo, bogas, ya eso me produce otro orden de reacciones), ¿qué acepción tiene en tu caletre la palabra amistad?

Yo comencé a dar vuelta a mis dos pulgares, lo que me es requerido para concentrar bien mi atención, y le contesté:

—¡Sencilla, che! La amistad es un sentimiento de atracción simpática entre dos o más personas, que se conocen y se tratan llanamente, sin mayores cumplimientos, y que hasta pueden permitirse bromas que no se tolerarían en los demás.

—¡Soberbia definición, zoquete!

—¿Por qué, Contreras? ¿No ves ahí mismo, en lo que me dices, una prueba de lo que te voy diciendo?

—Yo veo en lo que me has dicho que eres incurable; que lo único que podría curarte es el conocimiento de mi teoría sobre el pentágono, la misma que no puedo trasmitirte, porque eres un enfermo...

—¡Ahora salimos con eso!

—¡Claro! ¿No ves que parece que todo tu afán fuese el de demostrar que eres cabal y serio, cuando no lo eres? ¡Qué confianza puede depositarse en ti?

—¡La del amigo, pues! ¿Dudas acaso de mi amistad? Si me dices que sí, ya, desde el mismo instante, quedan rotas nuestras relaciones; y ya sabes cuánto te quiero.

—Yo no dudo de tu buena fe; al contrario, la creo excesiva. De lo que dudo es de tu discreción.

—Pedime reserva...

—No; eso no basta, por cuanto tú andarás diciendo a tus amigos que tienes una teoría nueva, de índole biológica, esto es, moderna, y tratarás de que te pidan confidencialmente que se las entregues en reserva, para entregarla.

Confieso que sabiendo él así, tan claro, el teclado de mi psicología, quedé como si me hubiesen visto con los rayos X, y balbuceando le repliqué:

—¡Entregámela con juramento! ¿Creés que mediante un juramento puedo caer en la tentación de hablar?

—Quizá no; pero me andarías jorobando para que te releve del juramento, a fin de salir de tu tortura, la de conservar un secreto, que no puede ser mayor para ti esa tortura moral...

—¿Y qué me dices de mi definición de la amistad, Contreras?

—Que es una tontería, sencillamente.

—¿Por qué?

—Porque no dice nada: eso de la atracción y de la simpatía no nos dice nada, dado que falta saber si se refiere al mono, al ofidio o al pez...

—¡Y ahora salimos con eso!

—¡Claro! ¿Qué me importa la simpatía del pez, ni la del mono? Lo que me interesa, en tal caso, es la del ofidio.

—Esto no se me había ocurrido, lo confieso. Y lo del ofidio ¿en qué sentido te interesa?

—En todo sentido, pues es lo que cuenta. El pez es un bobo-alegre y el mono es un chicuelo, mientras que el ofidio es otra cosa, y también es claro que depende de la clase de ofidio con quien tenemos que habérnoslas.

—Voy entendiendo algo. Te declaro que voy percatándome de tu teoría.

Quedamos un tiempo largo sin vernos, pues Contreras hizo un viaje a su tierra, y tenía la costumbre de no escribir, por lo cual, ante un tan largo silencio, pensé que se hubiese muerto. Esto me desconsolaba, por cuanto a cada paso me era preciso acudir a su consejo. ¿A quién iba yo a consultar, faltándome Contreras!

Pasé muchos trabajos y viví los años más duros de mi vida, cuando, con gran júbilo, me veo aparecer a mi amigo Rafael Contreras, en casa de un pariente que estábamos velando.

Como en todo velorio es la conversación, y el cuento, lo que puede prosperar, a la espera de que le saquen a uno al finado, le pedí que me contase dónde había estado y qué había hecho, encantado yo de volver a tenerlo a mi lado. Él, que me quería, exigió que yo le contase primero lo que había hecho. Yo le contesté que no había hecho más que pavadas, a lo que él replicó:

—Ya sé, zoquete; pero quiero que me digas qué pavadas son las que has hecho.

—Las de siempre, che; me han fumado como a un chino...

—Cuéntame, cuéntame...

Estábamos en eso, cuando se me acerca mi antiguo amigo Fabián Soldivia, que era muy simpático, si bien algo extremoso en sus manifestaciones de amistad. Me palmeó; me dio el pésame; me abrazó; me dijo que tenía que irse a la disparada por temor de perder el tren, en un viaje que ni sabía él adónde lo llevaría, y salió apurado.

Apenas se desprendió, me dice Contreras:

—¿Cómo se llama este amigo tuyo?

—Fabián Soldivia, che; es muy bueno...

—Me parece que te ha soliviado la cartera...

Palpé mi bolsillo, y me acordé que yo no usaba, ni tenía para qué usar cartera...

—¿No usas reloj? —me preguntó Contreras.

—Sí, es un recuerdo de familia..., y al palpar el bolsillo, noto que ha desaparecido.

—¡Corre! —me dijo él.

Yo salí corriendo, y por suerte lo encontré en instantes en que buscaba su abrigo, y la valija. Le pregunté yo si por casualidad no se le habría enredado mi reloj en el saco, a lo que contestó:

—Justamente, iba a entrar enseguida a decirte que me llevaba el reloj, porque dejé el mío en casa, olvidado...

—¡No puedo, che, considerá! ¡Es un recuerdo de familia!...

—No le hace —dijo él, y se marchó.

Cuando volví a Contreras, y le conté lo acaecido, él se limitó a decir:

—Zopenco.

—¿Y para qué son los amigos?

La buena estrella

Reinaban soberanamente las tinieblas aquella noche. Hacia dondequiera que se mirase, nada se podía distinguir, ni la más leve silueta, y el silencio corría parejas. Solo se percibía un leve murmurar, como de balbuceo tímido. Resulta así imposible describir aquel paisaje, negro, sin líneas ni planos. El balbuceo era apenas perceptible.

De pronto, aparece una estrella, y comienza a avanzar hacia mí. Lo curioso es que por más que avanzase no se agrandaba, bien que fuese adquiriendo cada vez más la condición de estrella de primera magnitud.

Cuando se halló bien cerca, brillante, titiladora, veo que, casi a mi lado, se hallaba fray Gerónimo, en actitud suplicante: estaba orando. Era él pues quien balbuceaba, con la cabeza baja.

En dicho instante se oyeron croar ranas con su voz seráfica, llorosa, metálica, cristalina, mejor dicho. Era un gemir lloriqueante, dentro de un golpeteo como de martillitos leves. Yo, que sabía que fray Gerónimo se confiaba a su buena estrella, además de [falta un fragmento de hoja] oraciones, me dije: Toma: ahí la tiene; lo ha escuchado.

Por dos o tres veces me pareció que fray Gerónimo iba a darse cuenta de que con solo estirar el brazo agarraba a su buena estrella; pero, como ella estaba del lado de atrás, según podía verse por la tonsura, que la reflejaba como espejo, él no la podía ver.

Hubieron en mí varios conatos en el sentido de avisarlo; pero, al preguntarme: ¿Y yo para qué me meto?, fui desistiendo.

Pocos instantes después noté que la buena estrella de fray Gerónimo se alejaba, con aire de contrariedad.

Claro es que yo, así que vi esto, ahuyenté hasta las intenciones y, corriéndome de espaldas, fui alejándome, no sin pensar en lo que le había ocurrido a fray Gerónimo.

Tropecé con algo, caí hacia atrás, y quedé dormido.

El milagro

En el pequeño pueblo de Totorá, muy apartado, notó el cura que disminuían de modo alarmante los feligreses. No iban a misa, no confesaban ni comulgaban, y como esta crisis de la fe reducía su prestigio en la parroquia, lo propio que las colectas, tributos y demás regalías y beneficios, fue arbitrando el medio de avivar la fe, sin encontrar para ello mejor medio que el milagro.

Apenas hacía saber que hablaría del milagro en su sermón, recrudecía la fe, se llenaba la iglesia, y quedaban atentos, a la espera. Claro es que así que terminaba el sermón, comenzaban los feligreses a cabecear, y a mostrar de nuevo su descreimiento.

El sacristán, un andaluz muy listo, propuso al cura que hiciese un milagro que se pudiese ver, pues solo así reconquistaría la fe, y como el pobre cura se quedara mirándolo, estupefacto, dijo el sacristán:

—Yo me encargo de eso.

Salió muy temprano al día siguiente el sacristán, y volvió por la noche, diciendo al cura que todo estaba arreglado. Para ello había ido a buscar a un desconocido, vecino del pueblo de Saguaipe,¹⁸ el que tenía, según aseguraba, cara de santo, y lo demás.

El cura se resistió primeramente a semejante subterfugio, pero, ante las reflexiones del sacristán, cedió. Quedó arreglado que el domingo próximo san Esteban movería los ojos.

Se arregló el altar, se pusieron flores y cirios en abundancia, y en la urna se colocó a Ciriaco Pintos, con las galas del santo, y en actitud hierática.

18 En el norte de Argentina y de Uruguay se conoce con este nombre a ciertos parásitos, trematodos digéneos, *Fasciola hepatica* y *Fasciola gigantica*, que causan una enfermedad en los mamíferos herbívoros y en el ser humano. En el texto de Figari la mención alude y condena con sarcasmo el parasitismo social del clero.

Todo el pueblo concurrió a ver el milagro, y quedó atónito, trémulo, cuando san Esteban movió los ojos, echándose a revuelo las campanas, y apareciendo palomas por todo el templo.

Entretanto, misia Ceferina Torres, muy beata, reconociendo a su sobrino, que hacía de santo, exclama:

—¡Cómo, vos por aquí, Ciriaco!...

—Sí, vine p'al milagro. Deme la bendición, tía.

—¡Qué Dios te haga un santo! —dijo misia Ceferina, cuadrándose.

El sacristán, entretanto, después que le pasó por detrás del altar una advertencia a Ciriaco: «¡Tente tieso, animal!», fue hacia misia Ceferina, y le intimó silencio. Luego, subido a las gradas del altar, exclamó:

—¡Y habló además!

Fue tal el entusiasmo y la algarabía producida por el milagro en aquel pueblo, que a Tobías, el remendón, hermano del sacristán, único vecino que no asistió al milagro por falta de fe, casi lo linchan.

Un cuento de Broqua¹⁹



Dejando al lector la tarea de colegir lo que hay de cierto, he ahí lo que me contó mi amigo Broqua:

Estaba pescando en uno de los antiguos muelles primarios de la bahía de Montevideo, donde tan a menudo las aguas barrosas, muy turbias y quietas, reflejaban un cielo crepuscular, sin quebrarlo. Solo quedaban algunas gaviotas rezagadas por demasiado golosas, y trazaban arabescos blancos sobre el fondo cárdeno; las demás ya se habían ido a dormir. Desierto el muelle, y silencioso el paisaje, podía él entregarse a sus sueños, no sin sentirse vejado por la obstinación de la negativa en sus pescas. Quedó pues, a pesar de la hora, con la caña tendida sobre el mar, sumido en sus quimeras musicales y poéticas, esperando ser más feliz en la pesca a esta hora singular.

Miró hacia arriba, para ver los extraños vuelos con que poco antes se balanceaban sobre el agua perezosa las últimas gaviotas, y, no viéndolas ya, miró hacia el extremo de su línea. Con gran sorpresa notó que la boya se movía apresuradamente; un instante después se hundió. Él, ufano, con ambas manos tiró hacia afuera, vigorosamente, y con terquedad. Vio a poco un enorme pescado o pez, lo que no acertaba a saber con la emoción, y no sin maña, y aun con pena, pudo izarlo hasta el muelle: era un bagre.

Radioso, lo miró fijamente, y fue notando que tenía su presa algo de extraordinario; por de pronto, usaba bigotes, y su fisonomía no podía ser más humana. Los ojos ofrecían la inconfundible expresión de los curiales acostumbrados a usar gafas.

Al notar la honda impresión que su aspecto produjo, el pescado le dijo:

—¡Vea, señor Broqua, por favor, sáqueme el anzuelo con cuidado!; ¡tengo muy sensible este lado de la cara!

¹⁹ Publicado con sus correspondientes ilustraciones en el capítulo cultural del semanario *Jaque*, Montevideo, viernes 26 de julio de 1985. Las mencionadas ilustraciones y la originalidad del cuento, justifican su inclusión en esta publicación.



Puso tal tristeza en su semblante al decir esto, que Broqua quedó enternecido y mudo. Apenas pudo reaccionar, se le aproximó, y, al notar que el pescado se había humanizado aún más, se dijo: «¡Esto sí que es el prodigio!». Después, lleno de emoción, ansioso, preguntole al bagre:

—Dime, por favor, ¿cómo me has conocido?

—Bueno fuera: ¡quién no conoce a Broqua!²⁰ —exclamó el pescado sonriendo melancólico, pues el anzuelo y la falta de su elemento, el agua, lo tenían cohibido.

—Cree que lo que me dices me intriga —contestó Broqua cada vez más sorprendido—. Bien sé que soy conocido, pero no pensé nunca que mi notoriedad llegase hasta aquí.

—Si lo sabemos todo —añadió el bagre, con respiración fatigosa—. Puedo asegurarle que no vivimos pensando en otra cosa que en lo que ocurre en tierra.

—Cuéntame, cuéntame todo —dijo Broqua, asombrado, como si hubiese perdido la noción de la realidad—. ¿Cómo pueden estar ustedes al tanto de las ocurrencias de la ciudad!

—¡Y los diarios! —repuso el pescado—, ¿cree usted que no nos llegan? Vienen en pedazos, es verdad, pero nos esmeramos en juntarlos con cuidado, y lo propio hacemos con los papelitos, y leemos. A veces hasta sabemos las cosas más secretas.

Atónito, Broqua, al oír todo esto, palideció; creía soñar; y el bagre, conmovido, a su vez, al notar que se le considerase con tanta simpatía, agregó:

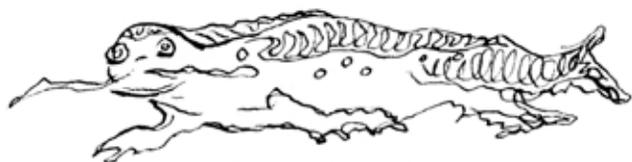
—¿Y piensa usted que de los de tierra solo yo estoy aquí!

—Cuéntame, cuéntame —suplicó Broqua desbordado de curiosidad anhelosa.

Con una respiración cada vez más fatigosa, dijo el bagre:

—Muchos somos los que vivimos por aquí, vagando, sin poder alejarnos, atraídos por el amor al terruño. Todos los venidos a menos, los mismos que ustedes suponen desaparecidos o muertos, nos pasamos día y noche dando cabeza-

20 Referencia a Alfonso Broqua (Montevideo, 1876-París, 1946), músico y compositor uruguayo considerado un exponente del nacionalismo musical, que cultivó una larga amistad con Figari.



zos contra la orilla, deseosos de volver a lo que fuimos; pero: ¡qué hacer! No es poco lo que me afrenta el que me llamen bagre, simplemente. En tierra yo me llamaba Roque...

—¡Roque qué! —exclamó Broqua, estupefacto al ver que el pescado conservaba su nombre terrenal.

—Roque Elotario²¹ —contestó el bagre—. ¿No ha oído nombrar?

—¡Si no se conoce otra cosa! —dijo Broqua, afirmativo.

—Casi todos los de mi familia quedaron en tierra —añadió el bagre—. De los Elotarios solo tengo aquí a un primo conmigo.

Broqua, si bien notaba que le era cada vez más difícil la respiración al bagre, no sabía de qué lado inclinarse, si hacia el de su compasión o el de su curiosidad, pues ambos se disputaban en su espíritu. El bagre lo miraba suplicante.

—Dime, por favor —preguntó Broqua a su interlocutor—, ¿cómo se alimentan?

—Con los residuos —contestó humillado el bagre.

—¿Y son así, utilizables! —insistió mi amigo, cuya sorpresa iba en aumento.

—¡Cada día menos, señor Broqua! —exclamó el bagre, el cual poco a poco se iba amaratando, muy escaso de respiración, queriendo colear, y muy triste ya.

—¿Y qué puedo hacer por ti, dime? —preguntó Broqua.

—Bien ve, señor Broqua, que lo urgente es que me saque el anzuelo, con cuidado, y que me ayude a volver al agua, pues ya he perdido la costumbre de respirar en tierra.

—Te he de complacer; pero te pido disculpes un ratito más mi gran curiosidad. ¿No se te ocurre nada para tus parientes?; ¡yo conozco a muchos!

—Por el momento —contestó el bagre —solo se me ocurre pedirles que tengan más cuidado con los residuos, y que no sean tan tacaños.

—Es bien poco lo que les pides...

—¡No crea, señor Broqua!; ¡y ya verá que ni eso me van a conceder!

21 *Otario*, en lunfardo rioplatense: 'tonto, necio o fácil de engañar'.

—Les daré recuerdos de tu parte.

—Vea, señor Broqua, déselos nomás; pero ya verá que no los aprecian.

Había tal dosis de escepticismo y de resignación en el bagre, que Broqua comenzaba a sentir, fuera de un hondo enternecimiento, cierta admiración; y preguntó:

—¿Cómo han podido ustedes acostumbrarse a vivir en el agua, y en silencio?; cuenta: ¡cuéntamelo, por favor!

—Qué quiere, señor Broqua, no ha sido sin esfuerzo ni fatiga que nos hemos hecho a nuestra situación; pero como esto se hizo poco a poco, de descenso en descenso, hubimos de acostumbrarnos al nuevo elemento; y ya me ve a mí.

Broqua, cada vez más sensible, inquirió:

—¿Y son muchos ustedes, los venidos a menos? ¿Sus familias saben que están ustedes aquí, en esta situación?

—Algo han de saber ellas también; y algunas familias hay también aquí; los Grébanos,²² por ejemplo, están todos, y si quedase alguno en tierra, no tardará en venir... De mis parientes, por la rama materna, no tengo a mi lado más que a un primo, Goyo Enfija,²³ con el que andamos siempre juntos. Y la suerte que no me vio salir, pues se habría desesperado, ¡pues nunca iba a imaginarse que era con el señor Broqua que iba a habérmelas!

—Me gustaría conocerlo —dijo Broqua.

El bagre, si bien iba respirando con gran dificultad, dio un silbido raro; esperó un instante, y dijo:

—No ha regresado aún. Iba detrás de unas moharras, tan escasas según son estos días. Crea que conocemos bien a fondo nuestro ambiente, señor Broqua.

—Pero ustedes —insistió Broqua, deseoso de penetrar el misterio—, fuera de su dolor moral, deben sentir mucho frío, en invierno, sin ropa...

—¡Vea —dijo el bagre— en qué estado están las mías!

22 *Grébanos* procede del genovés, donde significa 'persona tosca, vulgar, inculta'. En el lunfardo rioplatense se lo asocia al europeo mal vestido o al extranjero desaseado.

23 *Enfija* significa en lunfardo 'tener una fija', tener seguridad en los resultados de las apuestas. En este caso, el nombre es empleado como predestinado.

Casi ni se advierten ya que lo son. Este jaquet, que usted ve, se ha ido deshilachando de tal modo que hasta ha perdido su carácter de ropa. Parece una piel; vea mis zapatos, mi camisa; todo, fuera del chaleco blanco, que está bastante bien, todo lo demás se halla en un estado deplorable.

—Escucha —dijo Broqua—, te traeré buena cantidad, pues ropa vieja no me falta a mí, ni a mis amigos.

El bagre, que se estaba ahogando, dijo entonces con humildad:

—Le agradeceré que me saque cuanto antes el anzuelo, señor Broqua, ¡con gran cuidado, por favor!

Mientras Broqua operaba, solícito, dijo:

—Lo que no alcanzo a comprender es que tú, siendo inteligente —pues pareces un hombre, en fin de cuentas—, hayas podido caer en el error de morder el anzuelo.

—¡Es el hambre, señor Broqua, el hambre —exclamó con gran angustia el bagre— lo que nos hace correr el lance! Bien sabemos que nos pueden enganchar, pero el hambre es tal que nos hace morder.

—Bueno —dijo Broqua, cuando hubo desprendido el anzuelo—, ya está.

—Écheme al agua, señor Broqua —suplicó el Bagre—, ya no puedo más.

En tanto que Broqua se esmeraba en complacerlo, la noche estaba ahí, con su luna, dando un tinte cada vez más dramático al escenario, y Broqua dijo:

—Tengo un gran deseo de conocer a tu primo, Goyo Enfija.

—Se lo presentaré, no dude; se lo presentaré —dijo el bagre, y mientras caía al agua, casi ahogado, con mirada triste, que hacía más plateada aún la luz de la luna, agregó—: ¡Muchas gracias, señor Broqua!...

Broqua quedó mirando, por ver si reaparecía, y solo vio unas burbujas por entre papeles dispersos; recogió su caña y se fue nostálgico, no sin cierta alegría interior, seguro de haber visto cara a cara a la Quimera.

Terminado el cuento, uno de los oyentes preguntó:

—Claro es que no quedaron ahí las gestiones.

—Les diré con franqueza. Volví varias veces para ver si aparecía, pero ni a él lo vi más, ni a Goyo Enfija, y eso que le silbé. Les llevé migas de pan también; pero de esto les ruego no hablen, porque Dios sabe cómo se interpreta.

Poco después agregó, con cierto dejo de tristeza:

—Además me habría gustado ver a Goyo Enfija, al que creo haber conocido hace tiempo, en Maroñas. Era datero²⁴ entonces.



24 En lunfardo, persona que proporciona información (datos) acerca de los caballos que disputan una carrera. Maroñas es un barrio ubicado en el nordeste de la ciudad de Montevideo, conocido en el Río de la Plata por el hipódromo que lleva el mismo nombre y que sigue activo en la actualidad.

Carta a una antigua amante

Querida Celedonia:

Tiempo hacía que no te enviaba mis noticias, no porque te hubiese olvidado, sino porque estaba falto de ellas. Ahora que tengo noticias, me apresuro a escribirte.

Resulta que Sinfrosita, la hija menor de Dionisia Cinfuentes, que es una flor, un verdadero pimpollo de rosa-té, se ha enamorado de mí cuando ya estaba resignado y conforme con mi suerte. Si bien yo no sé mi edad, vos has de suponer que no es tan chica. Hice las guerras de la Independencia, y estamos ya hace rato libres y constituidos, a pesar de los motines y revoluciones que parecerían demostrar que sigue el bochinche, en vez de la libertad.

Yo te escribí para pedirte un consejo. Como te digo, Sinfrosita me ofrece su mano y yo no sé qué hacer con ella.²⁵ Lo primero que se me ocurrió es pedir plazo para contestar; pero va venciendo el plazo y cada vez menos sé lo que debo contestarle. Si yo fuese uno de esos badulaques que andan por ahí muy emperejilados y cargados de tintura y cosmético, ya habría seguido viaje, pero... Ya tengo alguna experiencia de la vida y no me gusta hacer papelones, por lo cual estoy indeciso todavía y espero que me des un buen consejo, vos que me conocés, y que sabés lo que cuento y valgo.

Espero tu respuesta para decidir.

Soy siempre tu afectísimo

Toribio Prieto

CONTESTACIÓN DE CELEDONIA

Querido Toribio:

Comprendo tus aflicciones, y quiero proceder con la misma lealtad y cariño con que te traté cuando vivimos juntos. De los catorce hijos que tuvimos los varones se marcharon y las mujeres, si bien alguna se casó, tengo que ocuparme de ellas, de los maridos y los hijos, porque son hijos nuestros. Las solteras solo me dan dolores de cabeza y no pocas inquietudes, pues están rodeadas de gavilanes, y hay que poner mucho ojo. Esto quiere decir que vos no estás ya para dar hijos, en caso de poderlo hacer, por manera que por este mismo correo le escribo a mi comadre Dionisia Cinfuentes, para que sepa de qué se trata, antes de llegar a lo irremediable.

Soy siempre tu amada

Celedonia

El chino que se llevó el presuntuoso Toribio no es para contarle, pues ya estaba tierno, descontando las delicias de una nueva luna de miel, la sexta.

Casio Ñuelas

—¡Era un tipo extraordinario Casio Ñuelas! —exclamó jubilosamente Toribio Andújar, mientras tomábamos el café—. ¿Lo conociste?

Al decirle que solo tenía a su respecto vagas referencias, prosiguió:

—Su aspiración era el ser hombre de ideas, que a él se le ofrecían en borbotón, y, no contento con eso, ponía su ingenio en dar forma práctica a inventos, no sin hacer la reserva de algunos inventos, los de mayor riesgo, para consultarlos previamente en forma confidencial con sus amigos más íntimos, por las dudas, según decía él, puesto que se sentía exento de toda preparación científica, y de macanas, cosa que no dejaba de agregar. No dejaba tampoco de declarar, de paso, que era como simple aficionado, y amante de la humanidad, que se daba la pena de buscar arbitrios para ordenar el mundo. Así, por ejemplo: Había dividido el año en días: el día de los pobres, con el cual llenaba un mes, dado que hay pobres de distinta naturaleza y procedencia; el día de las mujeres engañadas; el día de los presos; el día de los enfermos —con lo cual tenía para un trimestre, puesto que debía cada clase de enfermos, según la enfermedad, tener su día aparte—; el día de las infelices hetairas; el día de los huérfanos; el día de los perros, el de los árboles, el de los loros, etc., y concluía diciendo: con una pequeña contribución, se empieza por un día al año, y, al cabo de varios años, ya verás tú lo que puede representar esta simple iniciativa!...

—¡Este personaje es fruto de tu fantasía! —dije yo.

—Es rigurosamente histórico —afirmó Toribio Andújar—. Me decía una vez Casio Ñuelas: ¡No tienes idea de lo fácil que es el resultar millonario! Con solo que ponga un peso cada habitante, por cabeza —bien ves que solo se trata de una insignificancia—, calculá lo fácil que es juntar un millón, y ser millonario.

—¿Sabes que se va haciendo interesante tu amigo! —dije yo—. Cuéntame...

—Casio Ñuelas era inagotable —agregó Toribio Andújar, con la seguridad de tener un prócer en sus manos—. Siempre que se trataba de fiebres, al hablarse del número de grados, no dejaba él de inquirir si era a la sombra. Después de tener esto averiguado, se dirigía a un amigo y en tono confidencial le decía: Lo que no me explico es que teniendo cada uno normalmente 37° a la sombra, según dicen, cuando se juntan dos no forman 74° , y mirá vos lo que representa una temperatura así en una reunión numerosa y al sol: es la misma incandescencia. Yo siempre he pensado —añadía— que eso de la temperatura es una mistificación de los médicos, para ganar plata.

—¡Sabes que tiene línea tu héroe!...

—¡Qué! —exclamó, lleno de convicción mi amigo—. Casio Ñuelas es desbordante, inagotable; y como desempeñó diversos cargos públicos, pudo ver una serie de arbitrios que escapan a cualquiera. Así, por ejemplo, como juez de Paz, la primera medida que adoptó es formar una lista de los procuradores del pueblo, a fin de darles la razón por orden de lista. A esto llamaba él hacer justicia distributiva, y concluía diciendo: ¡No voy a dar yo, como funcionario, el ejemplo de los chanchullos! Ahí, en desempeño de dicho cargo, al oír quejas de los abogados, se dijo: Nada más fácil que arreglar su situación, ni nada más legítimo. Para eso han estudiado. Con solo reducir el número, los que quedan, siendo pocos, se enriquecen en un santiamén. Alguien le interrogó: ¿Y los demás? «¡Los demás que trabajen de procuradores; vaya la gracia!...»

Mi amigo, al ver que me iba interesando cada vez más su personaje, después de liar y encender un cigarrillo, continuó:

—Llegó a ser diputado, naturalmente, y bien que no interviniese en la discusión no dejaba de depositar proyectos fundados, los más pintorescos. Alguien le preguntó por qué no pronunciaba discursos, siendo según era hombre de ideas, y él dijo: No creas; muchas veces me preparo para

intervenir en la discusión, pero ocurre que como los que hablan antes, o bien, dicen lo mismo que yo iba a decir o bien dicen todo lo contrario, por lo cual queda mi tesis rebatida de antemano, ya no hay objeto en hablar; y no voy yo a malgastar mi tiempo para darme pisto.

Toribio Andújar se animaba, y prosiguió:

—Cierta vez, en instantes que en que se criticaba la actitud del ejército gubernativo, que, con tener 27.000 hombres, no podía dominar y disolver a los revolucionarios que solo eran 5000, sin armas y mal montados, él me decía: Suponiendo que los revolucionarios están en el sitio X; si yo fuese el gobierno, distribuyo mis 27.000 hombres en una línea cerrada y compacta, dividiendo el número de soldados por el número de kilómetros, y los acorralo. ¡No te parece!

«Cuando se predijo el fin del mundo, decía: Con solo hacer tocar y cantar a todos los músicos y aficionados a un tiempo, en acción de gracias; ¡cómo no va a escuchar el Creador!

«Según puedes ver, Casio Ñuelas era hombre que tenía ideas propias sobre cualquiera orden de asuntos, y recursos de ingenio apropiados para todo.

—¿Y quién era alcalde? —pregunté.

—Justamente Casio Ñuelas,²⁶ ¡quién va a ser! —contestó Toribio Andújar sin pestañear.

26 Probablemente el nombre Casio Ñuelas busque cierta cercanía sonora —no una homofonía perfecta— con castañuelas, en el sentido de que el personaje posee una imaginación desbordante y progresiva, características del sonido que percute este instrumento musical.

El buen demonio

Rita Rico era de tal modo endiablada, que, antes de salir a la calle, se miraba al espejo para percatarse de que no se le veían por fuera las diabluras que había maquinado. Una vez que se cercioraba de que no se las veía por el lado de afuera, comenzaba a sonreír seráficamente y a hacer monadas como si fuese un angelito, y mientras esto hacía formulaba frases azucaradas, cumplimientos, sentencias de buen consejo de esas que se suelen emplear para que los amigos crean que uno se interesa seriamente en su suerte.

Hecho esto retocaba los afeites de la cara, estiraba el hociquito para que el cisne cumpliera su cometido en forma, pasaba el índice humedecido por las cejas, para acentuarlas bien, y todavía, para hallarse más segura de que todo se hallaba en orden, daba una media vuelta para mirarse por la espalda. No sin un previo movimiento de coquetería que le era peculiar, ya se dirigía a la puerta, dejando a su paso en tendal las recomendaciones del día a Eusebia, la sirvienta, una mulata que en materia de diplomacia hubiese desconcertado a Talleyrand.²⁷

Las recomendaciones eran como taquigráficas, y quedaban taquigrafiadas mentalmente por Eusebia: eran no menos de quince, o sea, tantas cuantos pasos debía dar la señorita para llegar a la puerta; y ya con eso quedaba expuesto todo el plan de engaños, mentiras, excusas, para el cuerpo de sus relaciones, amistades y proveedores, durante ese día. Claro es que la mulata Eusebia no quedaba sin recursos propios para salir de apuros, si acaso algo hubiese sido olvidado en las recomendaciones de la señorita, o si se presentaba un caso nuevo, imprevisto. La experiencia acumulada, el arte de fingir, el gusto de enredar y desenredar, las frases hechas y las exclamaciones

27 Charles-Maurice de Talleyrand (París, 1754-1838), sacerdote y diplomático francés famoso por sus actuaciones diplomáticas durante la Revolución francesa, el Imperio napoleónico y el Congreso de Viena.

espontáneas le permitían a Eusebia secundar hábilmente a la señorita en sus planes diabólicos. Ya sabía, por lo demás, que si se ofrecía un caso urgente y muy complicado, debía decir:

—No dude de que se lo haré saber a la señorita apenas vuelva; lo que sí no sé cuándo volverá, porque salió apurada y no me dijo adónde iba ni cuándo volvería. Quede usted tranquilo; para servir a usted —y ya le cerraba la puerta en las narices sin más.

Las comadres vecinas solían comentar algunas de las singularidades de la casa de la señorita Rico y hasta se referían a su sirvienta Eusebia, la mulata, según le llamaban más generalmente; pero no acertaban a saber lo que había de cierto, dado que en el barrio todo era contradictorio lo que se decía a su respecto; y la fisonomía sonriente y buenas maneras de la señorita, siempre amable, inclinaban a pensar que era encantadora, si bien era una arpía de las más genuinas.

Y aquí se acabó el cuento.

—¿Y el desenlace? —preguntará el lector.

—¡Pero, hombre! ¿No sabes aún que los peores demonios, esto es, los buenos, son justamente los que llevan más escondido el cauterio y el veneno?

El fin del mundo

Se produjo de pronto una luz intensísima, y luego una sombra al propio tiempo que una honda, horrenda conmoción. Instantes después noté que se había producido un gran cambio en todo y en mí, más no un cambio fundamental, sino más bien incidental. Yo me había convertido en un insecto y me encontraba en un grupo numerosísimo de insectos semejantes, que jamás había visto.²⁸ Me palpaba para acertar a darme una idea clara de lo que era, pero nada me lo decía mejor que el observar a mis congéneres. Mi conciencia, así como una crisálida se trueca en mariposa, sin cambiar sustancialmente, se había convertido en conciencia de insecto, de ese mi insecto, igual a la de mis camaradas por lo que pude ver, y no sin sentir que algo quedaba dentro de lo que antes había sido, hombre. ¡Oh, es fácil acostumbrarse a una vida mejor! Hasta me sorprendí queriendo tomar mi cartera, otra vez queriendo consultar mi agenda, o el reloj, en fin, todo aquello que antes me esclavizaba, y al notar que todo eso, así como las ropas; el calzado; la camisa —¡uf, la camisa, con cuello postizo!— con la serie de botones que debía día a día abotonar, para desabotonar después de haber pasado un día triste; al notar que tanta mortificación diaria había desaparecido, bendecía la propia conmoción que antes había considerado horrenda en mi ofuscación, por reputarla final. Yo quedaba quietecito, dado que era tan poco lo que había que hacer, ahí donde todo estaba a la mano para vivir y regocijarnos, y me complacía mirando, observando, y a veces también recordando las tribulaciones pasadas, para sonreír. Me sentía emancipado, en plenitud. Había en mi espíritu una sensación tal de plenitud que no recordaba haberla experimentado aún, y la idea de un cambio no

28 Es muy poco probable que Figari hubiera leído *La metamorfosis* de Kafka, cuya primera traducción al español se atribuye a Jorge Luis Borges en 1938, año de la muerte de Figari. Este relato guarda resonancias en cambio con otros del mismo Figari en su tratamiento del más allá, como el ya mencionado *Dans l'autre monde*, *Un cuento de Broqua* en estas mismas páginas, y el relato inédito *Siglo xxx*, donde el autor imagina una hecatombe mundial.

me inquietaba ya; al contrario, me hacía pensar: ¿acaso sea todavía mejor! Tal noción, agregada a la de mi estabilidad, me hizo acordar del estupor con que antes consideraba a la selva, donde sin haber más libro que el de la naturaleza, sus habitantes se muestran tan inteligentes; y me preguntaba: ¿serán entonces los libros los que enredan?

Mi vida adquiría así, cada vez más, la serenidad estoica y el optimismo de una planta, la que cambia sus hojas, sus flores y frutos sin dejar de ser, y en dicho instante comprendí claramente la alegría de los peces, de los pájaros; el aplomo de los insectos, de los mamíferos, y el afán con que zumban las abejas y vuelan trémulas las mariposas.

Era un verdadero deleite una vida tan sencilla, tan razonada y juiciosa, donde las cosas giraban por sus planos naturales sin entrechocarse, a causa de sus paralelismos siempre lógicos, y de la medida, que hacían imposibles los desbordes y las extravagancias; pero no podía dejar de pensar en las cosas que había visto, como hombre. Así, por ejemplo, sonreía yo al acordarme de los tenorios de mis tiempos, cuando se apostaban en las esquinas para ver los tobillos de las damas al subir al tranvía, y sonreía aún más al pensar qué cara pusieron cuando ellas, como si hubiesen querido vengarse, los inundaron de tobillos y hasta de pantorrillas, de tal modo, que ya ni sabían los pobres tenorios cómo acomodarse para mirar. También me hacían sonreír los subterfugios de que se valían los civilizados para exhibir sus pasiones salvajes, hasta negreras, por no decir canibalescas, en el baile. Se aprovechaban de este pretexto para remedar las costumbres primarias, y después, llenos de arrogancia, se esmeraban en despreciar a esas poblaciones salvajes que les enseñaban a bailar.

Desprendido según me hallaba de aquella angustia constante en la cual el tiempo parecía complacerse en apretarme la garganta, sentía gran alivio, pues los días corrían sin trepidar ni rechinar, suaves como si fuesen de terciopelo, y hasta parecía que eran de color rosa. Yo vivía sencillamente, sin apremios ni sobresaltos, y esto daba un carácter tal

de placidez a la vida, que parecía una posesión, no como antes un sometimiento.²⁹ Los días se deslizaban como algo natural, no como una serie de problemas y rompecabezas a resolver, que quieras que no, ni tampoco como una inquietante sucesión de cargas y deberes mortificantes. Era de tal modo dulce aquella existencia que, no sin cierto escozor de modestia, me preguntaba: ¿no será este el Paraíso? Como yo no había rezado ni ido a misa, sentía cierta cortedad en suponerme ubicado en semejante paraíso tan simpático, tan agradable, tanto. Este ambiente me hacía acordar a ciertas horas de las que había pasado en el campo, de una sencillez encantadora, donde la complicación se hace imposible. Si hay un enfermo se le da un mate de toronjil —trabajo este cometido generalmente a una negra vieja—, y los demás siguen viviendo-tranquilamente según pueden, sin tantos aspavientos como se hacen para todo en la ciudad.

Si bien me sentía con derecho al uso, con un derecho rotundo, ni asomaba en mi espíritu el deseo del abuso, y esto, que todos mis compañeros practicaban por igual, daba una fisonomía tranquila a nuestro ambiente, de ordenamiento saludable y ventajoso.

En todos los estados que fui asumiendo, seguía pensando que todo parecía referirse a mí, principalmente, y que yo era algo extraordinario e importante, sin saber por qué. Comencé por desconcertarme al advertir la obstinación de los demás, que no querían comprenderlo, con ser tan claro, y entonces me dije: a lo mejor ellos están en mi mismo caso, y se hallan reflexionando sobre lo mismo que yo. Esto me hizo pensar que tal vez no les faltase razón, por lo cual me fui aquietando cada día más, y ya me causaba una gran sensación de beatitud eufórica el que no me incomodasen. Quizá por sentir aún los resabios de una experiencia anterior, en los días en que fui hombre, tal cambio me daba un inefable

29 En los dos siguientes párrafos el autor reitera con las mismas palabras conceptos que ha desarrollado en lo previo. Hay que tomar en cuenta que es el único texto no mecanografiado de la selección, vale decir, que no ha conocido un proceso de corrección tan preciso por parte de su autor como el resto. Consideramos, empero, que el interés de la anécdota y la altura poética que despliega justifica su inclusión en este libro.

placer; me sentía más aplomado, con mayor reposo, y, quizá, más solidarizado con la naturaleza y con mis congéneres.

No obstante, por algo había sido yo hombre, y con algún adarme de poeta. Algo me compelia a la rebelión, y una vez, viendo a una pareja de horneros que hacía su nido y a cada rato parecían celebrar los adelantos de su obra, pues se ponían a cantar riosamente, se me escapó esta exclamación: ¡Si fuera pájaro!... ¡La gresca que se armó! Mis congéneres me miraron con tal severidad, como si hubiese cometido un crimen, no ya una irreverencia. Claro es que en lo sucesivo me guardé ya bien de esta clase de expansiones.

Yo me decía que estos pujos de disconformidad se debían seguramente a mi anterior condición humana, y al ver tan satisfechos a mis congéneres, cuya procedencia no conocía, los envidiaba; y esto mismo de la envidia debía ser otro resabio de origen humano también, pues no se notaba que fuese compartido por mis compañeros; al contrario, cada cual estaba seguro de que era lo mejor que podía y debía ser. Para disfrutar de los bienes conquistados con un acontecimiento tan excepcional e inesperado, me impuse el olvido de aquella triste etapa, diciéndome que era una tontería el perder ventajas de tal entidad cual es la de la emancipación, en primer término y la de la tranquilidad que no es menor.

Era un placer inefable el oír correr las aguas; el trepidar de los follajes; el cantar de las aves; el chirriar de los insectos, y el observar la majestuosidad de los astros; y yo me decía, como si fuese multimillonario: Todo esto es mío; todo ese encanto de la naturaleza, incluso el de los mundos siderales, es mío: ¿Puedo aspirar a mayor opulencia? Sí —me dije—, necesito además una compañera, para dejar una huella de mi paso en los dominios mundiales, según hacen los novios al esculpir sus nombres en los troncos, escogiendo el que les ha sido más generoso. Hay que fijar algo, aunque sea las iniciales. Quiero además comunicarle mis impresiones, mis anhelos, y hasta me resigno a escuchar los suyos. Ella estaba a mi lado: era hermosa, a no poderlo ser

más, puesto que se me asemejaba; era buena, a no poderlo ser más, pues también se me asemejaba, y, con una ternura infinita, al notar que yo la había notado, me dijo: ¡ámame!

No sé por qué, acaso por atavismo, le contesté:

—No puedo; estoy muy ocupado.

Ella se dio vuelta, y dio un alarido de desesperación, como si fuese sirena, y tal, que desperté.

Al abrir mis ojos, desorbitado y nostálgico, exclamé:

—¡Qué tonto he sido!

El circo: ¡Hap!

Como la vida, en el fondo, está hecha de cosas pequeñas e infantiles, las que, a fuerza de ser hermosas (a veces) nos parecen grandes, los solemnistas, que viven de la apariencia de lo grande, exclusivamente, y desdeñan lo pequeño, que es la base, por aquello otro que es una apariencia, una ilusión, resulta que viven en las nubes. Los solemnistas no van al circo,³⁰ que les parece ser un espectáculo inferior, para niños, y olvidan así que ellos son niños, también, y si acaso más aún que los otros, por más que se les vea con una gravedad de catafalco. Son niños tristes, es eso todo.³¹

No ha mucho un amigo de ese carácter me decía:

—¡Pareces un chico!

—Gracias —contesté.

Él se quedó mirándome como se podría mirar a un cínico, puesto que, según él, lo que me decía era un reproche. Para mí, era un cumplimiento.

Baste decir que el circo es un espectáculo de bondad, de buen humor, de alegría y hasta de camaradería, para ver que se trata de algo muy serio, y, además, muy moral y moralizador. Cuando uno sale del circo se nota más bueno, puesto que ha salubricado su alma.

La lección que nos van dando los animales amaestrados es ya un tomo respetable en los anaqueles de cualquiera biblioteca que se estime. Se advierte de inmediato que solo por la paciencia, que es una gran virtud, y por la bondad, que es otra —aunque generalmente no se piense así—, se han podido vencer obstáculos que no ceden a otros arbitrios, y esta doble observación nos sirve de ejemplo provechoso, muy provechoso, pues nos va diciendo lo que son los

30 Figari pintó una hermosa serie de escenas de circo. Junto con las corridas de toros y los jugadores de bochas constituye un conjunto de pinturas relacionadas con espectáculos contemporáneos, es decir, alejadas del resto de su producción destinada a la evocación del pasado colonial.

31 Los niños aparecen poco o nada en las pinturas de Figari. Sí, en cambio, en la narrativa y en las reflexiones filosóficas: curiosa dicotomía en un pensador preocupado por el comportamiento social, las fiestas y tradiciones de nuestro pasado.

animales y lo que son los hombres pacientes y buenos, esos que prefieren ganar su vida honestamente, más bien que ir a una taberna a beber, o asesinar a una celibataria para sacarle el collar y la cartera.

Hay humorismo en el circo, y basta con eso para saber que es bueno.

Traté pues de llevar conmigo al circo a aquel amigo solemne, que no era otro que Calisto Tichuelas. Él accedió, a regañadientes.

Gravísimo, según miraba, y hasta mal engestado, poco después, al desarrollarse un número extraordinariamente interesante, y muy gracioso, me decía:

—No veo yo cómo puedan hacer reír estas cosas. A mí no me divierten, y te declaro que no volveré. Esto es para los bebes.

Yo, que por dentro retozaba, atento, tan atento cuanto estaba cuando oí al gran Salvini,³² en *La morte civile*³³ y al gran Ernesto Rossi,³⁴ en *Hamlet*, o bien a Carlitos Chaplin,³⁵ no quería detenerme a explicarle a mi amigo lo que me iba interesando, para no perder detalle.

Se trataba de exhibir una gran cantidad de proezas, con minucioso apresto, por dos payasos, los que, después de contar algunas anécdotas picantes —picantes en el buen sentido de la palabra— y amenas, se disponen a realizar su programa, no sin que uno de ellos manifestase al público que habían invertido mucho tiempo en prepararse. Había, sobre dos mesas: pelotas, macetas, tablas, martillos, cintas, etc. Ambos se hallaban de rigurosa etiqueta, y bien enfarinados.

Comenzaron a realizar su programa, y todos los ejercicios fracasaron miserablemente, uno a uno, bien que ejecutados con toda solemnidad; y uno de ellos, a cada solución fracasada, exclamaba, entre tímido y triunfal:

32 Tommaso Salvini (1829-1915), famoso actor italiano.

33 Obra de teatro publicada en 1861 por el dramaturgo italiano Paolo Giacometti (1816-1882).

34 Actor italiano (1827-1896) admirado por sus interpretaciones de diferentes personajes de Shakespeare.

35 Véase nota 3.

—¡Hap!

Todos reían, los niños, las señoras, los viejos, y se reían a desternillarse, excepto mi compañero de banqueteta, el cual, muy grave, casi contrariado, nos miraba despectivamente, como si nos complaciésemos con nuestra propia inferioridad.

Terminado el número antedicho en medio de carcajadas y ovaciones, como se colocase un cartel anunciando el entreacto, bajamos de las gradas para ir al bar, y después de un silencio henchido de advertencias, mi compañero me dijo:

—Te confieso que si tiene gracia este espectáculo, no he podido verle ni una sola punta. Francamente, me pareció tan infantil todo eso, que me ruborizaba por ustedes, los hombres maduros, al verlos compartir las alegrías de los chicos.

Yo callé, frente a esta arremetida, pues comprendí que quedaba lo más grueso dentro, y, para vaciarle el buche, le contesté:

—Pues, hombre: me extraña lo que me dices, pues yo te hacía también riendo.

No se lo hubiese dicho. Calisto, como si le hubiese aplicado un cáustico, tuvo un movimiento de indignación, y, luego, advirtiéndome que eso era demasiado para con tan poca cosa, se contuvo, y, con aire de reproche mal comprimido, me dijo:

—Dime: ¿dónde está la gracia de estas pavadas?; ¡hazme el favor!

Como viese yo que mi amigo estaba dispuesto a serenarse, traté de contribuir a ese resultado, diciéndole:

—Anda tú, y pregunta por qué se reía tanto, y verás que cada uno, hasta los chicos, te dirá su razón individual de hilaridad, sin que coincidan entre ellas, lo que demuestra que esta payasada tiene un interés muy digno de considerarse, cuando por tantas y tan diversas razones hace reaccionar riendo. Y, a la vez, que es sano y moral —agregué—, puesto que nos pone alegres.

—¿Y tú por qué orden de razones reías? —me preguntó Tichuelas.

—Te diré que mis razones me parecían tan evidentes, que tuve la ilusión de que eran las mismas de toda la asistencia. Yo veía ahí una soberbia sátira de la vida humana, que es una sucesión de «¡hups!» sobre los fracasos, y también política —dije yo, mientras me miraba Tichuelas como si me oyese desvariar. Iba viendo a los hombres políticos representados ahí con una fidelidad fotográfica—, que hasta eso tiene gracia, por candoroso. Primeramente, los diplomateos preliminares; después, los aprestos externos, abultados; después, los programas o manifiestos, encareciendo la suma de meditaciones y sacrificios hechos para llegar al resultado; después, el resultado, o sea, el fracaso, no sin exclamar triunfalmente: «¡Hap!».

Tichuelas me miraba cada vez más sorprendido, pues es un notable hombre político, y yo redondeé mi impresión, diciendo:

—La diferencia está en que aquí, en el circo, esto va en broma, y se ríe, y allá va en serio, y se deplora.

Noté que Tichuelas, que es hombre sumamente probo, se sintió herido, y me dijo:

—¿Y tú crees que todo eso ocurre de mala fe?

—¡Hombre, cómo voy a creer semejante cosa! —contesté al punto.

Así que hice tal salvedad, conmovido, declaró:

—Tienes razón.

En ese instante llamaban para asistir a la segunda parte del programa, y volvimos al anfiteatro.

Comenzaron a desarrollarse los números del programa con cierta frialdad. Las impresiones antes recogidas nos embargaban demasiado para que se pudiesen desvanecer de inmediato, dando lugar a las subsiguientes. Apareció la familia inglesa de los «Averinos», compuesta del papá, que es un clown graciosísimo, muy hábil en imitaciones, la mamá y dos preciosas chicas, todos aptos en diversos ejercicios, sin descontar el alambre flojo, ni la danza y el propio canto, y ya se agarró de mi espíritu un sentimiento de gran simpatía, al imaginar a estas cuatro personas preparándose y entre-

nándose para entretener a sus semejantes, grandes o chicos. Al desarrollarse esta segunda parte trataba de hacerme una idea clara de lo que hay de continuidad, de cuidado, de empeño para lograr que el público se interese, y hasta me enterneció el pensar que, después de haber hecho todo esto, puede fracarsarse por completo. Desde ese momento empecé a aplaudir fuertemente cada detalle, y lamentaba que todo el público no me acompañase, pues se me ofrecía como propio el amargor que han de sentir el día que el empresario, guiado por la calidad de las ovaciones, dice a sus actores:

—Hemos concluido. Pueden retirarse.

Salió enseguida un joven contorsionista, dueño de hacer lo que quiere con su cuerpo, el cual, colocado sobre una mesa, se ofrece en todas las posiciones inhumanas posibles, como si no tuviese huesos, y fuese de goma.

Igual enternecimiento me invadió al pensar en la suma de actos preparatorios que hubo de realizar para lograr que su cuerpo se prestase así, como si fuese el de una culebra, a todas las contorsiones imaginables; y siempre en ansiosa expectativa, puesto que puede no interesar. Comparaba yo este esfuerzo y este anhelo con el de los malhechores, y me decía:

—Si no hubiese un abismo entre lo bueno y lo malo, ¡cómo se parecerían!

Mi amigo Tichuelas se había humanizado, y ya discurría desprevenido.

—¡Pobre gente —decía—, lo que habrá sudado para llegar a ganarse la vida entreteniendo al público!

De pronto, apareció una legión de payasos con globitos, que hacían delirar a los chicos, y que hasta a nosotros nos gustaban, por cuanto nos recuerdan los días pasados de tanto tiempo ha, tan gratos. Entretanto, iban armando un tablado. Se oscureció el circo, y solo dos luces enfocadas a los costados dejaban ver a dos personajes uniformados, los que hacían sonar sus respectivas trompetas, y cuando volvió a iluminarse el circo, ya estaba instalado ahí un jazz-band, en el centro de la pista.

Hubo una general aclamación, en la que formó mi amigo. Yo quedé vejado, humillado, y aparte de esa acogida, pues debo decir que siempre le tuve cierta prevención al jazz.

Se trocaron los papeles. Mi amigo Tichuelas, radioso, y yo, consternado.

Cuando rompió la orquesta a tocar, fue una gran sensación de júbilo en la sala. Yo, que me acordaba del miserere de *El trovador*,³⁶ comencé por indignarme, y mi amigo me miró, sorprendido de verme tan atribulado. Me preguntó:

—¿No te parece delicioso esto?

—Yo me siento sublevado —dije sin poderme contener—. Esto no es serio.

—No olvides que estamos en el circo —agregó él, mientras aplaudía.

Al oír estas palabras, como si fuese una revelación, comencé por escuchar con otro espíritu, como si fuese un niño grande, y poco a poco me fui interesando, fui aplaudiendo y concurrí como cualquiera a las aclamaciones de júbilo y aprobación, que entonaban con bravos y palmoteos varios millares de espectadores ubicados en redondeles concéntricos y ascendentes.

Cuando salimos, iba contento mi amigo Tichuelas, y no menos yo, que me había desmontando del asno, para reconciliarme con esta faz musical, antes incomprendida. Tichuelas, tomando su revancha, me preguntó:

—¿No te parece que es jocosa esta música, chancera, irónica, bromista, humana, como una chacota benevolente; sana y divertida?...

—Es humorista —contesté yo— y, por lo propio, deliciosa.

Hizo Tichuelas una pirueta, y exclamó:

—¡Hap!

Quise también hacer otra pirueta, pero no me atreví, y exclamé:

—¡Hap!

36 *El trovador* (*Il trovatore*) es una ópera en cuatro actos con música de Giuseppe Verdi (Busseto, 1813-Milán 1901) y libreto en italiano de Salvatore Cammarano (Nápoles, 1801-1852), basada en la obra de teatro *El trovador* (1836) de Antonio García Gutiérrez (Chiclana de la Frontera, 1813-Madrid, 1884).

A medida que nos alejábamos, yo me decía: No es chica suerte la de que podamos ser tan niños, hasta los más añosos y curtidos... Los propios solemnes.

El destino

No sorprenderá el que nos quisiéramos con entrañable cariño, Roque y yo, cuando se sepa que éramos gemelos e idénticos, unidos además por el ombligo. Era ideal nuestra existencia paralela, ligados íntimamente así en alma y cuerpo, y, no sé por qué, había además una semejanza tal en nuestros gustos sencillos, y una dulzura tal en nuestras costumbres, que nuestra vida resultaba bastante envidiable.

Nos habíamos acostumbrado a una disciplina metódica, y procedíamos así sin violencias aun en los actos más ordinarios, no ya en los que demandasen mayor reflexión. Todo era materia de un gran halago; hasta nuestras tareas y atenciones más íntimas, que realizábamos en el mejor de los mundos, nos producían gran entretenimiento. Así, por ejemplo, el baño, donde podíamos cerciorarnos de la verdad, de nuestra verdad, nos complacía tanto más cuanto que íbamos dándonos cada vez más clara cuenta de que éramos seres extraordinarios; y esto es un gran consuelo frente a la vulgaridad, que es moneda corriente. No teníamos siquiera necesidad del espejo, pues al mirarnos era lo propio que si nos mirásemos en él, y luego nos peinábamos recíprocamente. Nuestros juegos eran los generales para niños, pues si Roque, que estaba a mi derecha, llevaba la diestra, yo en cambio llevaba la zurda, y esto resultaba tanto más ventajoso cuanto que poseíamos además las otras manos complementarias, por si acaso. El único juego que nos era vedado:³⁷ , y del que solo podíamos brindarnos el placer de remedar alguna de sus figuras, pero teníamos en cambio todos los demás: las bolitas, el trompo, la cometa, la payanita, la pelota, y como los ejercitábamos con gran método y esmerada disciplina, que se nos tenía como adversarios. Es verdad que rara era la vez que podíamos encontrarlos, debiendo atenernos a nosotros mismos, lo cual reducía la emoción, puesto que éramos por demás camaradas.

37 Espacio en blanco en el original, que deja lugar a una palabra aún sin seleccionar.

Nuestras costumbres eran también regulares: después de almorzar íbamos a la escuela, que estaba al lado de la casa que habitábamos, por el lado del fondo, y de ahí a la carpa, donde se nos exhibía frente a la puerta de calle e íbamos siempre tomados de la mano. De ahí, a comer y luego a dormir. En la cama nos habíamos hecho de tal modo duchos, que, aun dormidos, a la voz de mando, cualquiera de los dos evolucionaba ya sea a la derecha o al otro lado, con gran precisión. Cualquiera de nosotros podía por igual tomar la iniciativa, lo cual no dejaba de ser una estimable ventaja. A menudo hasta los propios sueños eran comunes: tal era nuestra unión e identidad. Nadie habría podido discernir cuál de nosotros era; yo, únicamente, podía distinguirme de Roque, y la recíproca; sin embargo, como yo lo tenía tan cerca, y estaba en posesión de todos sus secretos, sabía que él era algo melancólico. Yo presentía la causa de esta propensión, y después pude cerciorarme de que había estado en lo cierto.

Nosotros éramos expósitos. Se nos había colocado en el torno a las pocas horas de nacer, lo cual no dejaba de sernos ventajoso, pues podíamos así librarnos de un cúmulo de deberes y de preocupaciones. Al cumplir los tres años fuimos recogidos por una familia de sirianos, los cuales se preocuparon de nuestra educación, así como de exhibirnos. Todavía recuerdo con placer y hasta con cierto orgullo, cuando se nos cubría con un encerado para llegar a la carpa sin ser vistos por los curiosos. Nuestros juegos eran matinales, y los ejecutábamos en el patio antes de almorzar, pues de ahí pasábamos a la escuela. Todo esto ofrecía un cúmulo de ventajas, según oíamos a nuestros benefactores en las conversaciones de mesa, pues nos libraba de los peligros y desengaños de la vida en común, que no eran pocos ni poco temibles a juzgar por lo que decía mamá, ella especialmente, pues papá entretanto comía y no se ocupaba de

otra cosa. No debe negarse que han sido sumamente buenos y cariñosos para con nosotros, porque esto sería faltar a la verdad. Cuantas se lo oí decir a mamá, a la hora de comer. De tal modo eran buenos que nos obligaron a llamarlos, respectivamente: papá y mamá, y ellos nos designaban por nuestro diminutivo: Roquecito; Rafaelito.

En la escuela, había pocos niños, y solo una niña. La maestra, una anciana a la que llamábamos misia Paquita, persona muy buena y caritativa, que educaba al propio tiempo a un sordo-mudo y a un niño muy apagado, que parecía estar siempre en estado de sueño. Clarita, la chica, que era la gloria de la escuela y la propia maestra, nos miraba algo prevenida, pero con bondad. Un día nos acercamos y le preguntamos a cuál de los dos quería más, y ella, después de pensar un ratito, dijo sencillamente:

—A ninguno.

Como ella jugaba sola, y poco jugaba, estudiaba mucho, y resultó ser la más aventajada de la escuela, a pesar de que era tartamuda.

Un día, Clarita se acercó a mi oído, y me preguntó:

—¿Por qué están ustedes siempre tan juntitos?

Yo le expliqué que era la Providencia que había dispuesto así las cosas para nuestro bien, y que, además, había un vínculo entre nosotros: Rafael y yo,³⁸ que no se lo podía mencionar, porque se iba a poner colorada. Apenas se lo dije, aumentó su curiosidad, e insistió tanto que hube de decírselo. No bien le mencioné el vínculo, exclamó:

—¡Jesús! —y se alejó.

Desde ese día nos rehuyó como si hubiese cometido yo una grave falta, y hube de arrepentirme, tanto más cuanto que la veíamos jugar solita.

38 La voz del narrador es la de Rafael, de modo que el autor parece haberse confundido en este punto del relato. El desconcierto en el intercambio de nombres confirma, en cierta forma, su propia apreciación de que ambos gemelos eran como una misma persona.

Demasiado feliz era nuestra existencia para que las cosas pudiesen seguir así. Todo en la vida va en demanda de compensaciones, de tal modo que nuestro intelecto no alcanza a explicarse una infinidad de cosas si bien son o han de ser justas así que las comprende.

Sin saber cómo, una mañana amanecimos separados Roque y yo. El ombligo se había desprendido de mí, y quedó Rafaelito con ambas partes. Me di cuenta de inmediato lo que tal anormalidad significaba en mi vida, y en la del propio Roque. Instantáneo según fue mi presentimiento pude ver claro enseguida que si para mí tenía funestas consecuencias no lo eran menores para él, y acaso lo fuesen aún más, dada su melancolía peculiar y su extremada delicadeza. Ahí mismo empezó a languidecer, y no sabía yo cómo consolarlo. Lo primero que dijo fue:

—¡Que no se vaya a saber!

Nuestro cariño recíproco se expandió en silencio frente a nuestra gran desgracia, y de trecho en trecho, nos abrazábamos llenos de emoción para preguntarnos por qué la Providencia que había sido tan generosa con nosotros nos castigaba en ese momento así ¡tan duramente!

Ensayamos en silencio si nos era posible volver a nuestro feliz estado anterior, pero fue en vano, y nos dimos cuenta de que era preciso resignarnos a nuestro nuevo estado y a ser uno más de tantos, entrando al reino de la más trivial vulgaridad.

Nos vestimos según nos fue dado hacerlo, para prepararnos al desayuno, remendando penosamente el agujero de comunicación, que ya no tenía razón de ser y bajamos de a uno en fondo, lo cual no dejaba de sorprendernos según se ha de comprender. Ya estaban nuestros padres adoptivos sentados a la mesa cuando hicimos nuestra aparición en el comedor. Íbamos muy tristes; Roquecito estaba muy pálido, y yo debía estarlo quizá también.

Papá, al vernos separados, se agarró del fez, mientras mamá ponía los brazos en jarra; y dijeron a un tiempo:

—¡Conque esas tenemos! Esto no puede ser: ¡es la ruina!

Quedaron un rato mirándose en silencio y mirándonos, a nosotros, pobrecitos, que estábamos avergonzados si bien no teníamos culpa alguna; tomamos el café muy tristemente, mientras ellos fueron a conferenciar. No habíamos terminado puede decirse, cuando se acercó mamá, y nos dijo:

—Prepárense, queriditos, pues se tendrán que ir de nuevo al Asilo; así no nos conviene ya mantenerlos.

Esto nos cayó, a Roque y a mí, como un chorro de agua fría; y cuando vimos que papá se disponía a arreglar sus cajas y a engrasar la correa, comprendimos toda la perturbación que por causa nuestra se había producido en la casa, y nos dijimos que la Providencia bien sabría para qué lo hacía.

Volvimos a nuestro aposento a prepararnos, según se nos había ordenado, y ya sentimos un alivio. Acaso ningún bien es más precioso que el de la novedad. Poco a poco nos fuimos poniendo contentos, y cuando vinieron a buscarnos para ir al Asilo, sentíamos casi la necesidad de reír al ver la cara patibularia de don Abuly y doña Sadia, según se llamaban respectivamente los que habían sido por un tiempo: papá y mamá.

Al reingresar al Asilo, donde aún se nos miraba como seres excepcionales, después de llenar las formalidades del caso, llegó el instante de la despedida y ahí todos, los cuatro, hicimos cuanto pudimos por darle la forma que requerían las circunstancias, no sin dificultad; y en el instante en que se retiraban papá y mamá, un empleado se les acercó y les dijo:

—Qué pavada han hecho ustedes: por qué no los siguen exhibiendo como siameses despegados. Sería un budín.

Se miraron don Abuly y doña Sadia de modo significativo, quedaron un instante perplejos, y luego reemprendieron la marcha haciéndose recíprocos reproches, a juzgar por sus gesticulaciones.

No hay que decir que quedamos nosotros nostálgicos de notoriedad. Ya estábamos demasiado acostumbrados a ser personas excepcionales para que, sin amargura, pudiésemos resignarnos a vivir como simples mortales. Quedamos, pues, a la espera de otros protectores.

No tardaron en aparecer. Eran justamente dos vecinos de enfrente, con los cuales siempre se habían llevado bastante mal.

El domingo siguiente, ya estábamos de nuevo en exhibición con un gran letrero que decía: Los hermanos siameses se han separado. Fue aquello una verdadera romería, y se oían disputas y hasta golpes en la casa de nuestros antiguos padres. Nosotros estábamos radiosos en la nueva situación que se nos brindaba de un modo tan imprevisto, y no acertábamos a comprender cómo nos habíamos afligido tomando erróneamente por catástrofe justamente el instante más hermoso de nuestra vida, en la que se nos abría por delante un lucido porvenir. Para colmo de ventura, esa misma tarde, Clarita, nuestra condiscípula, se me acercó al oído y si bien fue entonces más insistente que nunca su tartamudez, pude comprender que me decía:

—Me gustás más vos.

Yo exclamé sin poder retenerme:

—¡Bendita sea la Providencia!

Pude notar que Roquecito se puso muy triste, y me dijo que la dicha nunca puede ser completa; por lo demás, confieso que después de la separación, mi gran cariño por Roquecito había mermado.

El restaurant checo-slovaco³⁹

La guerra ha producido una serie de consecuencias en todas las fases de la actividad, del carácter, de la vida. Esto se advierte apenas se va penetrando en la observación. Por de pronto, París ha sido conquistado. Este codiciado París, donde el káiser había ya dispuesto un almuerzo triunfal, según dicen, si no lo tomaron los alemanes, lo ha tomado el internacionalismo: hay japoneses, rusos, norteamericanos, sudamericanos, de todo hay. Se calcula en tres millones el número de extranjeros que están aquí, y en algo cercano al millón, el movimiento de entradas y salidas. Es claro que esto inquieta y alarma a los parisinos, como se alarma e inquieta la dueña de casa, cuando las visitas la han invadido sin decir: ¡agua va!

La suma de incorporaciones y de cambios, necesariamente, junto con las preocupaciones caseras, como es la del franco y otras: las deudas, las regiones devastadas, la resignación ante el «tenga paciencia» que entonan los deudores, hacen de Francia, y, particularmente, de París, algo que uno no se atreve a definir; pero hasta le parece a uno que el guardia civil en cualquier momento puede detenerlo, pedirle la carta de identidad y decirle al ver que es extranjero: ¡vaya liando sus petates!

Es cierto que los extranjeros, si bien incomodan y se encuentran favorecidos por la baratura de la moneda, que significa una gran baratura en la vida, contribuyen a mantener el comercio parisino y las pequeñas industrias, diversiones, etc. Los franceses se quejan de la carestía de la vida, y los extranjeros tenemos que disimular nuestro regocijo al pensar que un franco es una perfecta insignificancia. Para ellos es un franco, de buena moneda. Los modistos,

39 En los archivos del Museo Histórico Nacional se encuentran dos versiones distintas de esta crónica. Una de ellas fue publicada en *La Nación*, el 30 de mayo de 1926. Incluimos la otra en este volumen, al considerarla una de las más amenas de Figari, y que, dada las sustanciales diferencias con la versión publicada en el diario porteño, puede considerarse un texto inédito.

por no decir lo demás, se permiten ajustar en los precios de sus mercaderías de lujo que van a cotizarse para gente acostumbrada al dólar, y estos precios resultan prohibitivos para los franceses, por donde resulta que todos viven y se regodean en París, excepto los parisinos.

Como la justicia y la equidad son los bienes más precarios de los conocidos, de vista, cada cual se acomoda según puede, y deja correr lo demás. Es cruel la ley a que se ha sometido a Francia, que es un pueblo bueno, fuerte, noble y grande, que más de una vez se ha sacrificado por altos idealismos de corte humanitario, mundial.

A unos cien metros de mi alojamiento, en la calle Surène,⁴⁰ hay un pequeño restaurant, cuyo letrero luminoso tiene algo de misterio: es intermitente y se proyecta en medio de la oscuridad de esta calle estrecha y con irregularidades de trazo. Yo pasé muchas veces por ahí y me decía:

—Este debe ser un centro de conspiraciones esclavas...

Una noche me repliqué:

—¡Y a mí qué me importa! Entremos, y se verá lo que es.

Desde esa noche, cuando estoy solo para almorzar o cenar, voy con preferencia a esta casa, porque ofrece un ambiente agradable, casi de familia —de familia numerosa y algo abigarrada, lo cual es muy pintoresco—; porque la comida es sencilla y sana; y tercero —que debiera ser lo primero por cuanto es lo principal—, porque es baratito.

Acaso es conveniente no poseer la lengua circunstante. Es de esta manera que uno puede observar más libremente, y más certeramente, agregaría, para hacer honor a aquello de que el lenguaje se ha inventado para ocultar el pensamiento. No deja uno de ver lo que se hace ahí, y también lo que se piensa.

En medio de las conversaciones y las risas, una especie de fajina bucal que nosotros llamamos alemán o ruso solo porque no lo entendemos en absoluto; en medio de la varie-

40 A su llegada a París, Figari se estableció con su hijo Juan Carlos en la 21, rue de Surène hasta fines de los años veinte cuando se muda a la 13, Place du Panthéon 5, para finalmente afincarse en los últimos años parisinos junto con su hija Emma en la 157, rue de l'Université (VIIe). Figari entremezcla en esta crónica detalles autobiográficos con otros elementos fantasiosos.

dad de tipos, edades e indumentarias, no deja de verse que también asistimos a la vida de postguerra. Las mujeres fuman y muestran los sobacos con la mayor naturalidad. Uno habría pagado un doblón por ver uno, cuando era joven, y, ahora, que ya no tiene más que una curiosidad relativa, puede verlos a discreción, lo propio que las famosas pantorrillas, de las que se hablaba en aquellos tiempos como de algo cuya existencia no se ha comprobado todavía. Tal era el misterio que las envolvía con siete enaguas.

Hasta las viejas lo muestran todo, mientras se entretienen en divagar con las volutas del humo de sus cigarrillos. ¡Y con qué aires! Con aires de postguerra. Parece que todos se dijese: hemos sufrido tanto en la guerra, tan larga, y en las trincheras, que lo menos que podemos brindarnos son estas licencias.

Poco a poco, aparecen títulos: princesa; duquesa; condesa; baronesa; todos más o menos tronados. Esta mañana, por la forma en que discurría con una princesa bastante buena moza, se veía que no le llevaba más apunte que el del título. En verdad que la princesa parecía decir:

—¡Deja nomás que nos restauremos, y ya te pondré en tu lugar!...

Por el momento, la única restauración que se ve allí es la del alimento: «goulash aux pommes»; «poulet paprika»; «steack de veau, sauce piquante», etc., platos que no me he resuelto a probar a causa del nombre. Tienen algo de bomba anarquista.

En este convulsionamiento general del mundo, lo menos que puede ocurrir es lo que vemos, esto es, una cantidad de usos nuevos, que se acoplan a la idea de la pacificación, no sin recordar los latidos que vibraron por tanto tiempo fuertemente, mientras los grandes pueblos-guías de la tierra abandonaban las tareas constructivas del progreso y la evolución humana, para destriparse recíprocamente.

He hablado del restaurant checo-slovaco y lo mismo habría podido hablar de cualquier otro, de muchos otros por lo menos. Son bien escasos los que han mantenido la tra-

dición parisina, y esos parecen exóticos en el París actual; esos languidecen.

Cuando el mundo vuelva a la normalidad, todo habrá cambiado; pero creemos que las cosas enrabarán con la normalidad de ayer, sin ser lo mismo, pues la vida es evolución, y la evolución, como la naturaleza, no procede a saltos.

La verdad muestra sus dientes

Cuando parecía que se habían agotado todas las aristas de la compleja personalidad de Pedro Figari, incluida la de su vocación literaria, aparece una nueva o, al menos, una perspectiva inédita para su abordaje. Figari había intentado llevar a la imprenta una serie de relatos cortos —acompañados por preciosos dibujos— concebidos en París a fines de los años veinte del siglo pasado, época en la que vieran la luz su poemario *El arquitecto* (1928), la utopía novelada *Historia kiria* (1930) y el cuento largo *Dans l'autre monde* (1930).¹ No vivió para ver publicados estos cuentos breves, pero dos décadas después el crítico literario Ángel Rama dio a conocer una selección de los diez que consideró mejores.

Hoy, a casi setenta años de aquel descubrimiento, el Museo Figari revela un nuevo territorio en la producción narrativa del artista.² Ya no son las típicas evocaciones camperas ni las reflexiones sociológicas apenas disfrazadas por la anécdota, es decir, el recorte costumbrista que nos ofreció Rama.

Con su característico sentido del humor, pero volcado también hacia temas fantásticos y oníricos, Figari nos ofrece una visión inquietante de la realidad, cuyos límites comienzan a desdibujarse. Ahora podemos entender mejor aquel epígrafe que Figari había concebido para cuando llegara la oportunidad de publicar sus cuentos y que a la postre Rama empleó para coronar su selección:

En la inteligencia de que son cuentos y sueños lo que integra la mentalidad humana en mayor proporción, comenzando por la propia Historia, me atrevo a publicar estas páginas.

1 Fue Ángel Rama quien dio inicio a un equívoco que perduró por décadas al afirmar: «De esta numerosa producción [de cuentos] sólo alcanzó a publicar *Dans l'autre monde*, cuyo original español puede darse por definitivamente perdido» (*Cuentos*, Montevideo: Arca, 1965, p. 6). Otros investigadores tomaron por segura esta aseveración hasta el punto de que, en una especie de voltereta mortal, se llegó a publicar en Montevideo, en 2010, una versión traducida al español por Jacques Duprey (*Cuentos. Dans l'autre monde*, Irrupciones Grupo Editor, con prólogo de Julio María Sanguinetti) de la publicada en francés en 1930 que había sido, a su vez, trasladada del original español al francés por Charles Lesca. Lo cierto es que por lo menos desde 1994 se había aclarado que «los borradores en español corregidos por el autor, se encuentran en APF, carpeta 2658», es decir, en el Archivo Pedro Figari del Museo Histórico Nacional. (Walter Rela en la cronología anotada de *Figari, lucha continua*, de Luis Víctor Anastasía, Montevideo: Instituto Italiano di Cultura in Uruguay-Academia Uruguaya [Nacional] de Letras, 1994, p. LXVI.)

2 A partir de una investigación realizada por Juan Manuel Sánchez Puntigliano en el Archivo Figari del Museo Histórico Nacional.

Aun cuando presumo que a los graves y solemnes —tendenciosos— no les interesarán, y lo lamento, esto no puede impedir que me dirija a los demás: a mis afines espirituales, más humanos. A ellos va mi relato.

París, 21 de mayo de 1928

Cuando en la primera línea de este acápite Figari escribe sueños no se refiere solamente —y tal vez no se refiera en absoluto— a aquello que él nombraba a menudo como quimera, es decir, los sueños en tanto aspiraciones humanas y expresiones de deseos. También, y sobre todo, estamos habilitados a considerar que hace alusión a las circunstancias oníricas, esas que también pueblan, irracionales, el discurso de la Historia.

Sueños son, desde el punto de vista de su estructura argumental, *De media vigilia*, *Las macanas de Benítez*, *El chillido*, *La buena estrella* y *El fin del mundo*. Todos ellos culminan cuando el narrador sufre un brusco despertar que lo confronta con la vigilia. A veces la realidad externa se cuela en la circunstancia onírica a través de un sonido, por ejemplo, y explica, en parte, su motivación: Figari no se atreve sin más a lanzarse sobre el universo de lo puramente fantástico —aunque *Un sueño de Broqua* es la excepción que confirma la regla—, precisa de un anclaje explicativo y racional que justifique la naturaleza de su relato, que con demasiada frecuencia persigue un ulterior fin moral. Y tal hecho lo conduce a remates un poco forzados, sentenciosos.

Por otra parte, la idea que Figari se hace de los mecanismos intrapsíquicos es casi transparente, podríamos llamarla prefreudiana o proto-psicoanalítica. El autor trabaja en sus textos solo aquello que Freud denomina el sueño manifiesto e ignora o prefiere obviar el contenido latente,³ aunque las últimas tendencias del psicoanálisis parecen acreditar también este enfoque, más dirigido a entender el campo dinámico expresado en el sueño que a establecer interpretaciones y deducir simbolismos. En algunos cuentos, la libido del narrador se hace palmaria y le da un toque de picardía y frescura al relato. Ejemplos claros son la aparición y los diálogos que sostiene con el personaje de Midinette en *Las macanas de Benítez*, y con Úrsula en *El chillido*. En el primero de estos dos cuentos el autor se expone sin máscaras a ciertos delirios de grandeza y en un encadenamiento de gags al mejor estilo cinematográ-

3 «En sus inicios, la Teoría Freudiana del sueño —la perspectiva psicoanalítica clásica— sostuvo que el sueño que narra el paciente vale decir, el sueño manifiesto, sería el resultado de un proceso de “trabajo del sueño”, en que el paciente activa diversos mecanismos intrapsíquicos (desplazamiento, condensación, simbolismo, represión, etcétera), a través de los cuales se desfigura el contenido original del mismo, esto es del *sueño latente*.» (Irene Dukess Cohen: «Dilemas y aperturas sobre el soñar. Reflexiones sobre un niño que sueña en sesión», *Calibán. Revista Latinoamericana de Psicoanálisis*, vol. 13, n.º 1, año 2015.)

fico de Chaplin —personalidad admirada por Figari—, al protagonista se le ocurre pedir «un pedazo de pampa», se sueña como Napoleón, las princesas se pelean por él, se transforma en un tenor y domador de leones, en valiente torero y finalmente conquista a una gitana hermosa.

Vestigios de un Figari positivista, extrañamente reconciliado con la modernidad europea —que de manera insistente fustiga en su vasto epistolario—, asoman en algunos de sus cuentos: la alegre vindicación del espectáculo circense y del jazz en *El circo: ¡Hap!* («No es chica suerte la de que podamos ser tan niños, hasta los más añosos y curtidos...»), y la asunción de cierto cosmopolitismo en *El restaurant checo-slovaco* («Parece que todos se dijeren: hemos sufrido tanto en la guerra, tan larga, y en las trincheras, que lo menos que podemos brindarnos son estas licencias»). De a poco, el autor va tomando una distancia sarcástica de la realidad del momento —el París de entreguerras—, y con esa distancia y ese tono suspicaz construye una ficción que sigue bordeando la reflexión filosófica, aquella tratada con más celo y solemnidad en épocas juveniles. Figari está de vuelta de todo: se ríe de las convenciones sociales, especialmente de las ceremonias y artificios relacionados con los asuntos amorosos: *El amor*, *Tío Bonifacio*, *Carta a una antigua amante*, *El chillido*, *El buen demonio*, y de las promesas y «quimeras» que ofrece la religión: *La buena estrella* y *El milagro*.

Pedro Figari trabó amistad con muchos literatos y entre ellos con no pocos narradores. Aunque la influencia que pudieran haber tenido en su prosa no es discernible con facilidad, es probable que alentaran una visión ampliada del arte y de sus recursos expresivos. Un joven salteño Enrique Amorim, por ejemplo, que Figari seguramente conoció en Buenos Aires, le proporcionó el tema para su serie pictórica de *Las quitanderas*;⁴ con Carlos Reyles se acercaron y distanciaron sucesivamente en la amistad, y quiso el destino que ambos fallecieran el mismo día; con motivos criollos ilustró la novela *Zogoibi* del argentino Enrique Larreta y fue el único libro fuera de los suyos que ilustró —en su tercera edición francesa de 1930—; amistó con Jorge Luis Borges, quien escribió un ensayo sobre su obra en 1930; y con el hijo de su gran amigo argentino Manuel Güiraldes, Ricardo, el autor de *Don Segundo Sombra*, quien desde el círculo de la revista *Martín Fierro* también lo apoya y escribe un ensayo vindicativo de la pintura del uruguayo.

Algunas fotografías de su primera época en París —recordemos que Figari luego de una estadía de cuatro años en Buenos Aires viaja a la capital francesa donde permanece nueve, entre 1925 y 1934— lo muestran bien integrado al entorno festivo que promueven sus amigos escritores y artistas como Alfredo González Garaño, Vizconde de Lascano Tegui, Raúl

4 El tema de las prostitutas que recorren la campaña en una carreta fue el controversial motivo que Amorim desplegó en el cuento «Las quitanderas» incluido en su primer libro (*Amorim*, 1923) y que luego prosiguiera en *Tangarupá* (1925) y ampliara en la novela *La carreta* (1932).

Monsegur y Jules Supervielle, entre muchos otros. Y en la Ciudad Luz, atraídos por el esplendor juvenil de sus cartones lo visitan, entre otros, Paul Valéry, James Joyce, Ramón Gómez de la Serna y Alejo Carpentier: «El frescor espiritual de Pedro Figari avecina con el prodigio», escribió el cubano. El panorama de felicidad cambia con la muerte imprevista de su hijo Juan Carlos, en noviembre de 1927, pero Figari hubo de mantener una vida social intensa y trabajar en pos de la manutención de sus otros hijos, cuestión que lo mantiene despierto y muy activo en las relaciones sociales.

Según algunos estudiosos los borradores de estos cuentos fueron escritos entre julio de 1927 y diciembre de 1931⁵ y ciertos fragmentos corroboran ese arco de tiempo, como la mención de la calle Surène —en donde vivió Figari en los años veinte— en la crónica de *El restaurant checo-slovaco*, y la cita al homenaje al soldado desconocido en *Las macanas de Benítez*, ceremonia a la que asiste en 1931 —el museo guarda una fotografía de este acontecimiento con la presencia de Figari—. Tal lapso explica que en estos relatos alternan las visiones más alegres con las más sombrías dentro de la imaginación del autor. En todo caso, se respira el aire mundano y la agitada vida nocturna de la época, un cierto toque burlesque, es decir, una tendencia a la parodia y a la exageración en un contexto de exhibición social, como se ve con claridad en *El Museo Grévin*, *El circo: ¡Hap!*, *El destino* y *El buen demonio*.

Pero debemos detenernos en un grupo de cuentos que no participa del comentario de costumbres urbanas, ni de la evocación de la cultura negra en el Río de la Plata, ni de la crítica a la religión, ni de la mera concatenación onírica. Una visita entre turbadora y risueña a un museo de cera es el motivo central de *El Museo Grévin*, y los instantes que suceden a la muerte según la conciencia de un asombrado narrador en *El fin del mundo*. En el primero de ellos, en especial, despunta una preocupación en Figari que no ha sido percibida en otras ramas de su producción artística: el tema del doble. Hay la sensación ontológica fatídica, que no por poseer un talante humorístico deja de mostrar una fractura esencial en su percepción «integral» del ser humano:

Supongamos que una tarde dichos muñecos, caminando por sus propios pies, toman los bulevares y se echan a andar; nada más que eso: ¡imáginese el alboroto y el desbande! Supóngase que de pronto comienzan a hablar y a gesticular, manteniendo inmóviles sus ojos. Esto solo, en cualquier lengua que se expresasen, ¿no bastaría acaso para reproducir los más famosos pánicos de la antigüedad?

5 Rela, Walter: Cronología anotada, en Luis Víctor Anastasia: *Figari, lucha continua*, o. cit., p. LXI.

En *Papá* se asiste a un intento de dar mayor densidad psicológica al protagonista huérfano que cree reconocer a la madre en la calle, apenas salido del asilo, y luego al padre en la figura del comisario. Sin demasiada paciencia para los detalles de fondo y las descripciones minuciosas, Figari se las ingenia para dar lugar a un final intenso y ambiguo. La dualidad parece ser también aquí el *leitmotiv*, la del amigo que se muere y lo deja a él demediado, la de los caminos que duda en tomar, las elecciones binarias del bien y el mal, y al final todo termina con un simbólico «doblón».

El destino —historia especular de dos hermanos siameses unidos por su ombligo— plantea de forma explícita esta dicotomía y con un dejo de burla y morbo que acaricia el humor negro, nos presenta una de las fábulas más turbadoras del volumen.

Si bien algunos de estos dieciocho relatos breves se conectan con sus series pictóricas menos conocidas, como la de los circos, ya no podemos afirmar tan animosos con Ángel Rama que «Basta una rápida lectura de los cuentos para evocar de inmediato la figura de Pedro Figari y sus cuadros». No, para nada. He aquí la imaginación encendida del inagotable don Pedro Figari, disparada en ensoñaciones delirantes y oscuras, en sueños y humoradas desconcertantes. Nuestra idea del viejo Figari pintor de evocaciones criollas ha sido otra vez puesta a prueba. Y una vez más debemos estudiarlo con mayor detenimiento, eso sí, sin dejar de divertirnos con sus ocurrencias, pues, cómo el mismo nos advirtió, «La verdad muestra sus dientes no sólo porque muerde sino porque sonrío».⁶

Pablo Thiago Rocca

6 Es también una cita de Rama: «El libro proyectado por Figari llevaría un epígrafe que resume claramente el propósito de sus cuentos: “La verdad muestra sus dientes no sólo porque muerde sino porque sonrío”». (Pedro Figari: *Cuentos*, Montevideo: Arca, 1965, p. 8.)



ÍNDICE

Prólogo. Los múltiples narradores del hombre múltiple, por Juan Manuel Sánchez Puntigliano	5
De media vigilia	9
El amor	14
Las macanas de Benítez	17
Tío Bonifacio	22
El chillido	25
El Museo Grévin	30
Papá	35
Las cosas de Contreras	39
La buena estrella	45
El milagro	47
Un cuento de Broqua	49
Carta a una antigua amante	57
Casio Ñuelas	59
El buen demonio	62
El fin del mundo	64
El circo: ¡Hap!	69
El destino	76
El restaurant checo-slovaco	82
Epílogo. La verdad muestra sus dientes, por Pablo Thiago Rocca	87



Ministerio de Educación Y Cultura

MINISTRA

María Julia Muñoz

SUBSECRETARIA

Edith Moraes

DIRECTORA GENERAL

Ana Gabriela González Gargano

DIRECTOR NACIONAL DE CULTURA

Sergio Mautone

DIRECTORA DE PROGRAMAS CULTURALES

Begoña Ojeda



**Museo
Figari**

Museo Figari

DIRECCIÓN

Pablo Thiago Rocca

ADMINISTRACIÓN

**Nelly Mozzo
Paula Perna**

GESTIÓN DE PÚBLICO

Paola Puentes

ARCHIVO

Lucía Draper

MONITOR DE SALA

Juan Manuel Sánchez Puntigliano

CONSERVACIÓN

Alicia Barreto

DISEÑO GRÁFICO

Leticia Aceredo



El chillido y otros relatos

AGRADECIMIENTOS

Museo Histórico Nacional

CORRECCIÓN

Graciela Álvarez

DISEÑO

Bettina Díaz

ISBN

978-9974-36-393-9

IMPRESIÓN

Imprimex S.A

DEPÓSITO LEGAL

11.751

Asociación de
Amigos del



Museo **Figari**

www.museofigari.gub.uy

(598) 2915 7065 | 2915 7256 | 2916 7031 | Juan Carlos Gómez 1427 - Montevideo, Uruguay.